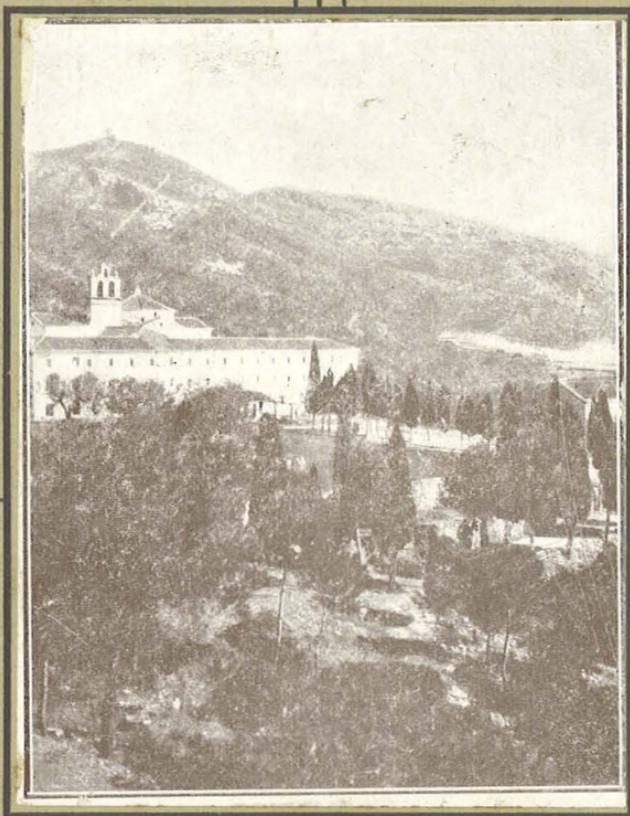


P. Pedro de Brizuela, C. D.

EL DESIERTO DE LAS PALMAS

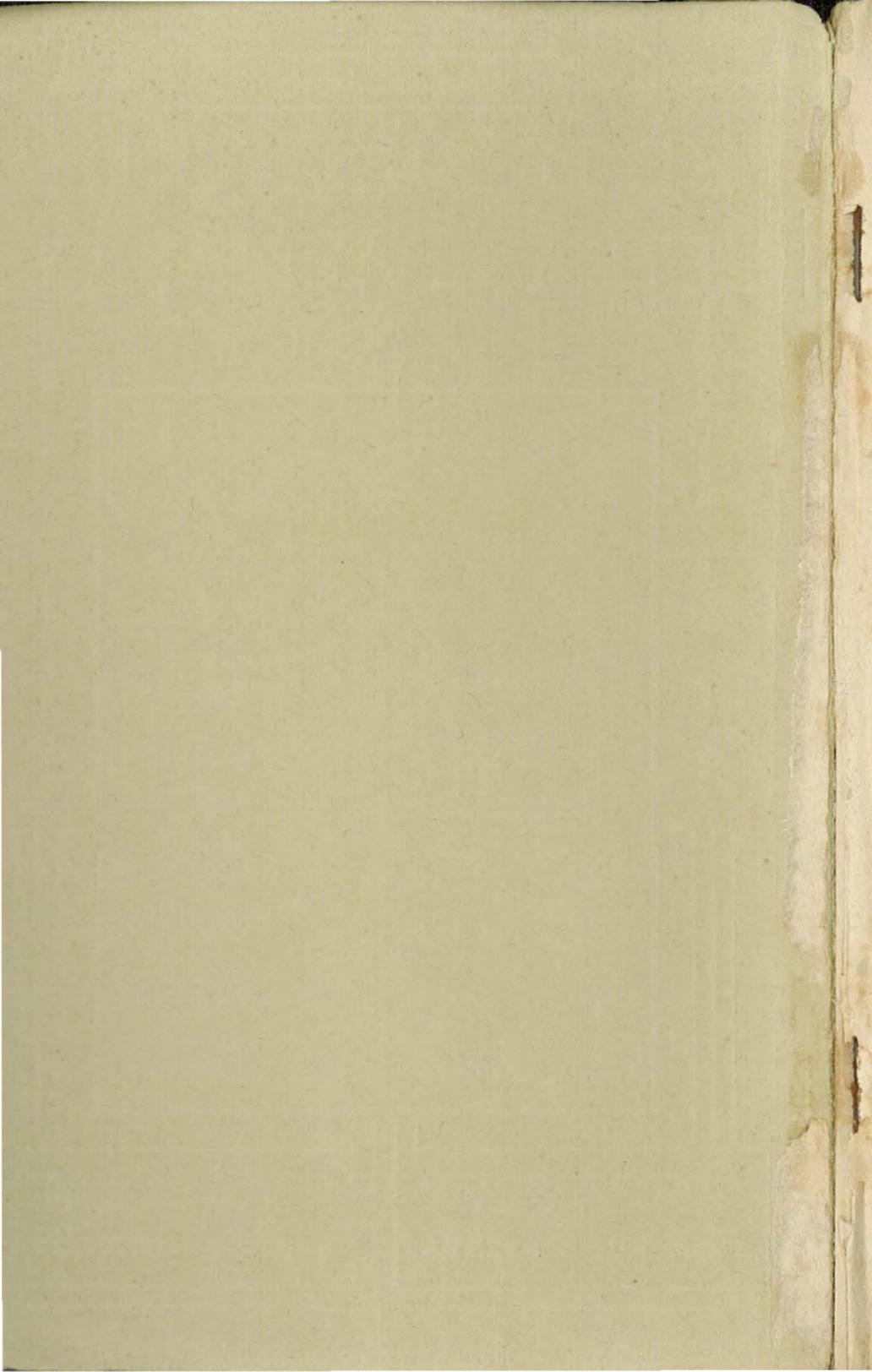


CON 14 FOTOGABADOS SOBRE
PAPEL COUCHÉ

PRECIO: UNA PESETA

VERSIÓN ESPAÑOLA, BIOGRAFÍA
DEL AUTOR Y NOTAS

por JUAN BTA. FELIU SAERA



EL DESIERTO DE LAS PALMAS



EL
DESIERTO DE LAS PALMAS

:: MONOGRAFÍA HISTÓRICA ::
IMPRESIONES Y RECUERDOS

POR EL

R. P. PEDRO DE LA MADRE DE DIOS

Carmelita Descalzo

Misionero Apostólico, Licenciado en Derecho,
Académico correspondiente de la Real de la Historia, Officier de
1^o Instruction Publique, en Francia. etc., etc.

VERSIÓN ESPAÑOLA, BIOGRAFÍA DEL AUTOR Y NOTAS

POR

JUAN BAUTISTA FELÚ SAERA

ABOGADO



VALENCIA—1915

LIBRERÍA FENOLLERA, MAR, 17

Teléfono 257

NIHIL OBSTAT

Censor

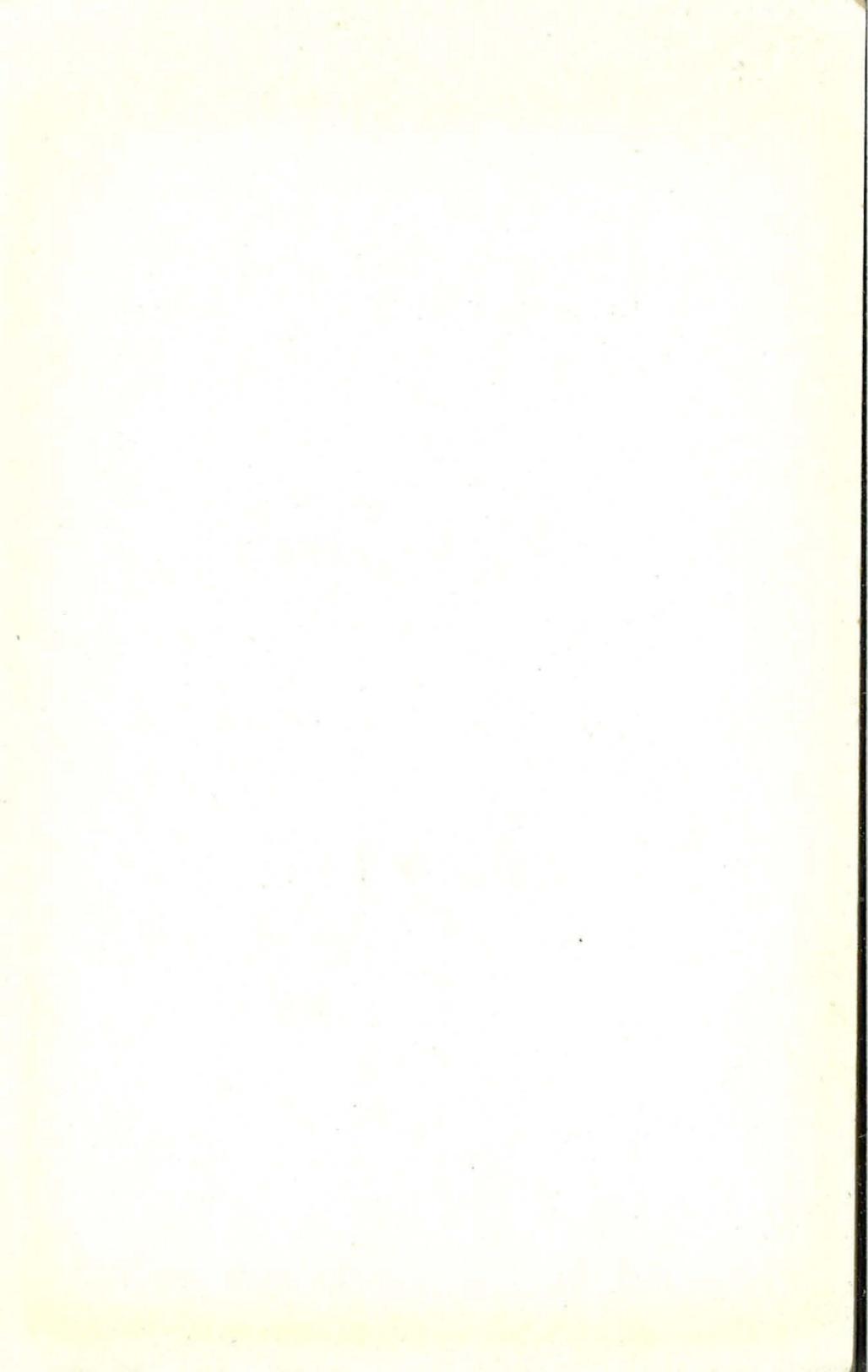
Æmilius Picornell.

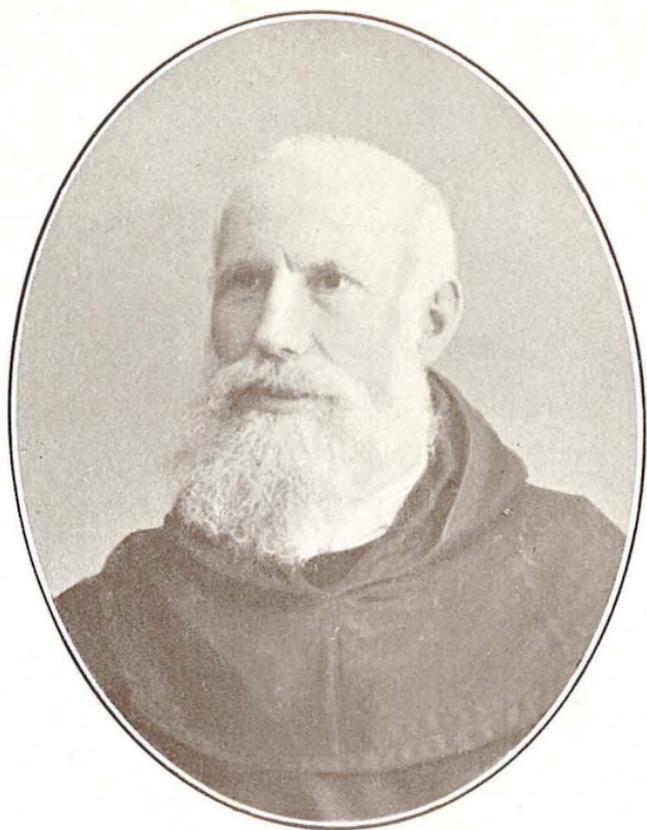
IMPRIMATUR

† V., *Arzobispo de Valencia.*

Mayo 1915

*Es propiedad.—Queda hecho el depósito que
marca la ley*





Fr. Pedro de la Madre de Dios
c. de

EL R. P. PEDRO DE LA MADRE DE DIOS

ENSAYO BIOGRAFICO

Intento solamente trazar los rasgos más salientes de la vida del autor de este folleto, miembro ilustre y una de las glorias más preclaras de la Orden Carmelitana. Hacer una biografía completa me obligaría a llenar tan gran número de páginas que por sí solas constituirían un grueso volumen. Bien a mi pesar tendré que sacrificar detalles interesantísimos en aras de la brevedad.

En cierto modo puede considerarse este bosquejo biográfico como complemento del capítulo IV de esta obrita: que si bien el P. Pedro no fué conventual del Desierto, por allí pasó dejando huella de sus virtudes.

Los datos están tomados de los papeles que el P. Pedro dejó a su muerte, y de entre ellos sus Memorias, que están informadas por la rectitud, amor a la verdad y modestia admirable que caracterizaban al autor.

* * *

Don Pedro Ruiz de Brizuela era un rico comerciante español, de hidalga ascendencia, establecido en Chile, que casó en 10 de julio de 1851 con la Señorita Rosalía María del Carmen Moreau, joven francesa de gran virtud y alta distinción, nacida en Santiago. Cuando se presentaron las esperanzas de sucesión que Dios les concedía, D. Pedro, movido de su ardiente patriotismo, dijo a su joven esposa: *nuestro hijo será como su padre: español y*

madrileño; y para que el vástago naciera en el solar de sus antepasados no temió los riesgos de un largo viaje por mar. Llegados felizmente a Madrid, Doña Rosalía dió a luz, el 29 de abril de 1852, un niño, que fué bautizado en la iglesia de San Sebastián de la Corte el 2 de mayo. Huelga decir que este niño fué D. Pedro Vicente Ruiz de Brizuela y Moreau, en Religión Padre Pedro de la Madre de Dios.

Cumplidos los deseos del Sr. Ruiz de Brizuela, la familia volvió a Chile. Dios concedió al niño Pedro tres hermanitas, de las que sobrevivió la mayor, Rosita, y las dos menores murieron a poco de nacer. La tribulación es la piedra de toque de las almas fieles. El mismo año que murió la menor de las niñas, partió de este mundo D. Pedro Ruiz de Brizuela, el día 25 julio de 1859. Para consolar al tierno huérfano, le decían que su padre había ido al Cielo, a ver a sus dos hermanitas. Todas las mañanas, al despertarse, preguntaba si su papá había vuelto. *¡Hijito mto!*—le contestaba su madre,—*cuando se está en el Cielo no se piensa más en la tierra. ¡Se es tan feliz en el Paraíso! Si eres en verdad sabio, iremos a verle un día que no tendrá fin.*

La Sra. de Brizuela, en el duro trance en que se vió, se mostró la mujer fuerte de la Escritura. Decidió consagrarse enteramente a la educación de sus hijos, y para evitar el peligro de nuevas nupcias, huyó la ocasión, con cuyo fin realizó los cuantiosos negocios que su marido tenía en Chile, invirtiendo en ello tres años, y en 1862 se trasladó a Burdeos, donde sin renunciar a la nacionalidad española fijó su residencia.

En los alrededores de la ciudad estaba el Colegio de Tívoli, el más célebre del Mediodía de Francia, dirigido por PP. Jesuitas, al que acudían los hijos de las familias más distinguidas de Burdeos, para los que era un honor y una recomendación el haber hecho allí sus estudios. En él ingresó, como externo, el joven Pedro, mientras su hermana iba, también como externa, a uno de los mejores colegios de la ciudad. Los dos hermanos tenían profesores particulares, que les daban en casa lecciones de español, inglés, pintura, dibujo y música.

Ocho o nueve años permaneció en los Jesuitas el joven Brizue-

la, durante los cuales puso de relieve las raras dotes de que estaba adornado. Las notas que obtuvo nos informan del resultado de sus estudios; pero, en gracia a la brevedad, me contentaré con decir que el P. Pedro figura entre los alumnos que han ilustrado el Colegio de Tívoli, del cual y de sus profesores hablaba siempre con elogio.

A fines de agosto de 1870 salió del Colegio. Para perfeccionarse en el inglés fué con su madre y hermana a pasar un año en Londres, y al regreso, en noviembre de 1871, se presentó y obtuvo el diploma de Bachiller en Letras.

Planteósele entonces el delicado problema de la elección de carrera. Su posición económica (era multimillonario) le dejaba gran libertad en la elección. Ante el recuerdo de su vida de colegial y de sus maestros, sentía elevarse desde el fondo de su corazón nobles aspiraciones hacia la vida religiosa, mas bien pronto sus gustos mundanos le abatían de esas alturas, y no pensaba sino en caballos y diversiones. Su madre, para retenerle cerca, decidió que siguiera la carrera de Derecho en Burdeos. Después del primer año de facultad, fué Bachiller en Derecho, y en agosto de 1874 recibió el título de Licenciado.

Sus estudios, siempre coronados por el éxito, le dejaban bastante tiempo libre; en esa época empezó lo que él llama *su vida mundana*. Desde este momento el joven estudiante de Derecho fué el alma de cuantas *soirées* y fiestas de sociedad se daban en Burdeos. A los salones de Mme. de Brizuela acudía la alta sociedad bordelesa, y, en honor a sus amistades, el gentil Pedro iba a todos los salones, y en ellos brilló siempre en primera línea. Su madre le otorgaba amplia libertad, sin dejar de amonestarle respecto de los peligros que podía correr. Vea el lector esta página de las Memorias del P. Pedro, que retrata a un tiempo a la madre y al hijo: *Esa confianza de mi madre me impresionaba más de lo que lo hubieran hecho las más terribles amenazas. Dios me ha dado por madre una mujer admirable; mis sentimientos de hijo y de cristiano están de acuerdo para proclamar que después de la Divina Providencia fué ella la causa principal de mi preservación. Debo decirlo: a sus profundas*

convicciones religiosas unía principios de honor muy firmes y hasta muy varoniles. Hubiera tenido el valor y esfuerzo necesarios para castigarme severísimamente, si hubiera yo manchado mi honor y mi falta le hubiera sido conocida. A pesar de la vida tan febril que llevaba, jamás descuidó sus deberes religiosos. Así como se le veía en todas las fiestas mundanas, se le veía también en todas las fiestas religiosas: en las Cuarenta-Horas; en las reuniones de los Círculos Católicos, en los que usaba de la palabra como un apóstol; en las reuniones de beneficencia; en las Conferencias de San Vicente de Paúl, etc. Con todo, como dice el Evangelio, *no se puede servir a dos señores.* Jesucristo se lo hizo ver claramente, fué retrayéndole del mundo y llevándole hacia El. La llama de la caridad prendió en el corazón noble y generoso del joven conferenciante de los Círculos Católicos, que se decidió a trabajar en favor de la clase proletaria, para ennoblecer la sociedad dignificando la condición del obrero. Para curar las llagas que veía en los demás, empezó por curar las propias, llevando una vida más conforme con su educación y con sus convicciones religiosas, y pensando seriamente en seguir una carrera adecuada a su situación y a sus aptitudes.

Su madre quería retenerle cerca y le buscó una unión digna de los Brizuela; mas él, sin rehusarla, quería crearse una posición propia. Los estudios que tenía hechos, los tres idiomas que podía hablar indistintamente, sus hábitos de hombre de mundo, sus relaciones, su cuantiosa y sólida fortuna y su gusto por los viajes le impulsaron hacia la carrera diplomática. Pero si quería entrar al servicio de Francia tenía que renunciar a la nacionalidad española; entrar al servicio de España se lo impedían sus opiniones políticas. Un amigo suyo acababa de ser nombrado Ministro Plenipotenciario de la Argentina en París y le ofreció la Secretaría de la Legación: encontraba un terreno neutral, e iba a aceptar, cuando notó que a su madre le contrariaba que residiera en París, y esperó.

Lleno de ilusiones estaba el joven Brizuela, con los proyectos que empezaban en la Secretaría de la Legación, cuando su madre, para distraerle del enojo que le causaba el retraso que le pedía,

le propuso un viaje a Italia, cuyo objetivo sería una peregrinación a Roma y una visita al Santo Padre Pío IX, de feliz recordación. Con tanto gusto aceptado como propuesto llevóse a cabo, y ya en la Ciudad Eterna obtuvieron de Su Santidad tres audiencias. En una de ellas, la Sra. de Brizuela, arrodillada entre su hijo y su hija a los pies del Papa, le dijo: *Santísimo Padre, bendecid a mi hijo con una bendición especialísima, para que Dios le dé a conocer la carrera que debe seguir, para la salvación de su alma y el mayor bien de la Santa Iglesia.* Relatando este viaje y las circunstancias de su vocación, decía el Padre Pedro: *No olvidaré jamás esta visita, en la que Pío IX puso su mano sobre mi cabeza y oró por mí con la vista elevada al Cielo. ¡Cuán profundamente emocionado me sentía ante el pensamiento de que Jesucristo conversaba con Su Vicario y de que era yo el objeto de la celestial conversación! Tenía el alma invadida por no sé qué convicción de que Dios me inspiraría lo que debía hacer. Besé, llorando, la mano del Papa, y adopté la resolución de buscar únicamente la voluntad de Dios.* A la mañana siguiente, fué a la Basílica de San Juan de Letrán, para pedir a la Virgen que le inspirara respecto a su porvenir. Vuelto al Hotel cayó enfermo y la malaria le puso en dos días en peligro de muerte. Pío IX le envió una nueva bendición y la mejoría se inició, aprovechándola la madre para llevarle a Milán, donde experimentó una recaída, prevista por los médicos, que le tuvo durante un mes en continuo delirio. Su convalecencia continuó en las costas de los lagos Como y Mayor y en Suiza.

Corría el mes de mayo de 1875.

Al mismo tiempo se operaba en su alma otra transformación. *Durante las horas de tregua que me dejaba la fiebre—dice el P. Pedro—, Dios me había enseñado a orar. Veía ahora las cosas de muy otro color. Lo que antes me encantaba no me inspiraba más que desagrado... Los pensamientos de vida religiosa que habían, en otro tiempo, ocupado mi alma de niño, reaparecieron con mayor firmeza y resolví estudiar la vida religiosa y examinar seriamente mi vocación.*

De regreso en Francia, su primer cuidado fué marchar a Pa-

rís y decirle a su amigo el Plenipotenciario argentino que no pensara ya en él, permitiéndole que se reservara las razones que tenía en secreto.

Una temporadita en una casa de campo que poseía cerca de *Broussey*, junto a un santuario de la Virgen, una visita a un compañero suyo del Colegio de Tívoli, Carmelita en el Convento de Agen, y lo que en éste vió y conoció, le decidieron a abrazar la vida del Carmelo; pero quiso probar su vocación cerca de su madre, y sufrió además una prueba que él no esperaba.

Ya he indicado los proyectos matrimoniales que su madre acariciaba. La elegida de la madre era la mejor de las amigas del hijo. La amistad, sin que él lo buscara ni lo quisiera, se convirtió en un amor nacido de la estima recíproca, tan ardiente como puro. *Era preciso decidirse entre los dos caminos, ora dejarlo todo para amar a Jesús Crucificado y seguirle, ora ceder al nuevo atractivo del corazón y darle a mi alma otra igual hecha para comprenderla y amarla. La lucha fué terrible; desfallecía visiblemente y, a pesar de mis esfuerzos, dejaba traslucir una tristeza íntima, de la que no quería otro testigo que Dios...* Así se expresa el héroe. Un viaje de turismo por Bélgica dió el resultado apetecido, disipando la tentación.

A su regreso a Burdeos preparó su vocación casando a su hermana con un francés de ilustre apellido, pero más ilustre aún por sus convicciones religiosas y políticas. De este modo dió a su madre un hijo que ocupara su lugar. Permaneció algún tiempo en Burdeos y mientras tanto consultó con su confesor, el P. Javier de Bengy, como él de familia noble y cristiana y de tradiciones monárquicas, como él discípulo de los Jesuítas, como él Licenciado en Derecho, que había cambiado la toga de magistrado por el burdo hábito de Carmelita. Es fácil suponer el resultado de las consultas.

Una tarde, a solas con su madre, hizo recaer hábilmente la conversación acerca de su porvenir. *Creo—le dijo—que si permanezco en Burdeos acabaré por irme al Noviciado de los Carmelitas. Desearía, sin embargo, hacer un viaje por España y quizás esta diversión cambie el curso de mis ideas.*

El heroico joven pasó el invierno en Sevilla, y en la primavera fué a Madrid. Allí había nacido y sido bautizado hacía 25 años justos. El 2 de mayo confesó y comulgó en la iglesia de San Sebastián, y ante la pila en que había sido bautizado, renovó la promesa bautismal. El mismo día escribió a su madre comunicándole su resolución de ingresar en la Orden Carmelitana. Su madre le contestó enviándole su bendición, mientras esperaba su regreso. Pero él, al volver a Francia, en vez de ir a casa de su madre, se fué directamente a casa de su mejor amigo, que habitaba cerca del Noviciado de los Carmelitas. ¿Quién era este amigo? Si el lector lo sospecha no hará sino admirar más y más esta vocación sublime. Permaneció allí cuatro o cinco días, y un sábado de fines de mayo, a la caída de la tarde, después de despedirse de Mademoiselle de ***, llevado en coche por el hermano de ésta, su amigo, atravesaba el umbral de Broussey, para ir a ocupar su celda de novicio.

La toma de hábito tuvo lugar el 26 de mayo de 1877, y entonces, el último varón que llevaba el noble apellido castellano de Brizuela, cambió su nombre por Pedro de la Madre de Dios, pero, sin embargo, fué siempre más conocido por su nombre de nacimiento.

Durante el año de noviciado recibió frecuentes visitas de su madre, visitas que los superiores facilitaban, ya que si consolaban a la madre, enfervorizaban cada vez más al hijo.

El 26 de mayo de 1878 emitió el novicio sus votos simples. Así como la toma de hábito se hizo con la mayor sencillez, porque los amigos del postulante quisieron respetar su soledad e incógnito, la profesión revistió los caracteres de una solemnidad extraordinaria. Toda la sociedad de Burdeos y de las ciudades de la comarca se trasladó a Broussey, y llenó por completo las tres amplias naves del templo, que les habían sido reservadas, y una multitud inmensa, que allí acudió tomando por asalto coches y trenes, llenó por completo la gran plaza de la iglesia, en la que se había construido un gran umbráculo de ramaje, que completaba la Avenida de Tilos. Terminada la tierna ceremonia, los amigos del profeso invadieron el Convento y el acto fué una verdadera re-

cepción. Para satisfacer a todos, el nuevo religioso tuvo que salir a la plaza, donde la multitud, entre la que figuraban los miembros de los Círculos Católicos y sociedades que él había creado o sostenido con su munificencia, le aclamó por héroe.

No obstante haberme limitado a dar una ligerísima idea de lo que fué D. Pedro Vicente Ruiz de Brizuela y Moreau, llevo escritas un buen número de cuartillas. Seguir por el mismo camino, diciendo lo que fueron el Religioso y el Misionero, sería escribir triple número de páginas de las que preceden, y ni el objeto de este bosquejo biográfico ni el tamaño del folleto lo permiten. Si hasta aquí he sido somero, en lo que resta seré lacónico. Al lector le será fácil suplir mi silencio si tiene en cuenta que, si todo el que deja el mundo para entrar en Religión lo hace para entregarse de lleno al ejercicio de las virtudes, un D. Pedro de Brizuela, que, con el mundo, dejaba tantos atractivos, sólo sería a cambio de la práctica de la virtud en grado heroico. Si en el mundo fué un hombre admirable, en religión fué Carmelita santo.

El P. Pedro fué el último Carmelita que profesó en Brousey. Permaneció allí un año más, completando su formación religiosa, mientras se empezaba el curso de filosofía. Para estos estudios fué enviado al Convento de Agen, que tuvo que abandonar por virtud de los célebres decretos de expulsión, de 29 de marzo de 1880, refugiándose en el de Marquina, donde prosiguió sus estudios. Del 26 de mayo de 1881, en que hizo su profesión solemne, al 26 de junio, en que recibió la ordenación sacerdotal de manos del Obispo de Vitoria, le fueron conferidas las Ordenes sagradas, mediante las correspondientes dispensas, en vista de su edad, de su formación y de sus virtudes. El 29 de junio de 1881 celebró su primera Misa, en presencia de su madre y de sus hermanos, Mr. y Mme. de Lajeunie, que recibieron la Comunión de sus manos. Su madre ingresó, poco tiempo después, en la Orden Tercera.

En septiembre del mismo año 1881, fué enviado al Convento

de Begoña, enfrente del célebre Santuario vasco, en el que su madre, de recién nacido, le había consagrado a la Virgen.

Cuando hubo terminado sus estudios de filosofía fué enviado, con sus condiscípulos, al convento de Calahorra, que acababa de ser restablecido con la ayuda de Mme. de Brizuela.

Recién terminados sus estudios de teología, tuvo el dolor de perder a su madre y el consuelo de asistirle al morir. Le había dado la primera hostia que había consagrado, y le dió *in extremis* su primera absolución, así como la última hostia que recibió su madre antes de su muerte, que tuvo lugar el 24 de agosto de 1885, a la misma hora que comulgaba todos los días.

Al desaparecer el único obstáculo que se lo impedía, pudo el P. Pedro seguir su vocación de Misionero. El M. R. P. General, hoy Emmo. Cardenal Gotti, teniendo necesidad de Misioneros para *Bagdad* (Mesopotamia, en la Turquía Asiática), propuso a la Congregación de Propaganda Fide al P. Pedro y a su discípulo el P. José-Manuel de la Virgen, que recibieron, el 26 de septiembre de 1886, la patente de Misioneros Apostólicos, con orden de partir cuanto antes para Bagdad. Con la llegada de los dos Misioneros y de otros tres que lo hicieron poco después, la Misión adquirió nuevo impulso. El alma de la Misión era el Padre Pedro, que ejerció su celo fundando escuelas para los dos sexos, hospitales, orfanatos, dispensarios médicos, escuelas de artes y oficios, un Círculo Católico al estilo de los de Europa, etc., etc. A la muerte del P. Prefecto Apostólico, le sucedió, con el título de Superior de las Misiones de Mesopotamia, con todos los privilegios de Prefecto Apostólico, y, no mucho tiempo después, el Capítulo general le nombró Vicario provincial. A las Misiones de Bagdad, Basora y Amara, añadió las del Golfo Pérsico, cuyo centro es Buchir. Su salud, quebrantada por el clima de Mesopotamia, le obligó a presentar la dimisión, para trasladarse a España, mas, al pasar por *Monte Carmelo*, el M. R. P. Ezequiel, General de la Orden, que estaba practicando la visita, suponiendo que aquel clima le sería tan conveniente como el de España, le nombró Vicario del Monte Carmelo (Cuna de la Orden), y poco después Vicario provincial de Palestina. Cada día decaían más sus

fuerzas, por lo que obtuvo licencia para ir a reponerse al Desierto de las Palmas, donde pasó de noviembre de 1913 a abril de 1914. Obligado por su estado de salud, dimitió el cargo de Vicario Provincial de Palestina y pidió ir al Convento de Calahorra, donde llegó el 1.º de mayo de 1914. El clima de la Rioja no le dió el resultado que apetecía, y, no obstante los cuidados que se le prodigaron, un sábado, el 5 de septiembre de 1914, tres días antes de la Natividad de Nuestra Señora, dejó el mundo, para ir a gozar de la felicidad que Dios tiene reservada a sus escogidos. De este modo, el Dios de las misericordias le evitó la pesadumbre de ver devastadas por la guerra las Misiones a las que había dedicado 27 años de su vida.

* * *

¿Qué decir de las virtudes del P. Pedro? En cuantos Conventos residió, fué modelo de observancia regular. Su humildad y amor al trabajo fueron verdaderamente admirables. Jamás se le oyó alabarse por sus éxitos universitarios, ni por tantos y tantos méritos como reunía. Cuantos trabajos llevó felizmente a cabo hubieran quedado en la obscuridad, si ellos por sí mismos no se hubieran dado a conocer. Parece que hubo trabajos para nombrarle Obispo y que él los desbarató, antes de que pudiera corresponderle siquiera el mérito de una renuncia en forma.

Su actividad era asombrosa. Durante sus estudios de teología, escribió pequeños tratados de Sagrada Escritura, Historia eclesiástica, Derecho Canónico, Dogma, Moral, etc., etc. Estos escritos ocupan 14 o 16 cuadernos, hechos por él mismo, de un centenar de páginas cada uno, de letra muy pequeña. Eran su *vademécum*. Impresos, llenarían cuatro volúmenes. Su trabajo predilecto eran las monografías descriptivas o históricas, y los artículos sobre cuestiones de actualidad, que enviaba a sinnúmero de periódicos y revistas. Es casi imposible comprender cómo lograba disponer del tiempo necesario para ello, tanto más mientras fué Misionero, ya que el trabajo de la Misión era abrumador. De otra parte, la correspondencia que sostenía le ocupaba bastante.

Solamente quiero hacer una ligera indicación de sus obras. Estando en Begoña escribió la historia del célebre Santuario, y,

con motivo del III centenario de la muerte de Santa Teresa, corrigió y anotó, por orden de sus Superiores, una vida de la Santa, escrita por el P. Gregorio de Santa Salomé. En Calahorra escribió la historia del antiguo Convento, la del de las Carmelitas de la misma ciudad y la vida del P. Juan de Jesús María. Estando en Bagdad, la vida del último Prefecto Apostólico, P. María-José de Jesús (*Quarante ans à son poste*). Colaboró, entre otros periódicos y revistas, en *L'Univers*, de París; *Ciencia Eclesiástica*, de Calahorra; *Revista Carmelitana*, de Barcelona; *El Debate*, de Madrid, y *Études Carmelitaines*. Para esta revista, que veía la luz en Bélgica, escribió, estando en el Desierto, el folleto que va a continuación. Es lo mejor de cuanto sobre el objeto se ha escrito. Le indiqué la conveniencia de publicarlo en español y me invitó a traducirlo. Le presenté mis excusas; pero posteriormente me rogó que lo hiciera, llegando el encargo a mi conocimiento después de su muerte. Por causa de la guerra, el original francés no se ha publicado.

A la muerte del P. Pedro se han encontrado, entre sus escritos, traducciones de varios libros españoles y preciosas poesías.

Si de sus escritos se pudiera hablar aún mucho más, no es menos lo que se podría decir de su patriotismo. Aunque Religioso y Misionero francés, su verdadera patria fué siempre España. Por no extenderme me contentaré con citar un caso solamente. En uno de sus viajes a Europa, desde Bagdad, y a su paso por Bombay, quiso visitar al Cónsul español y no pudo, porque... ¡en Bombay, el célebre puerto de la India inglesa, en el que hacen escala todas las grandes líneas de navegación del mundo, la gran ciudad con cerca de un millón de habitantes, en la que hay representación consular de todas las naciones, hasta de Liberia, no había Consulado español! A su llegada a París se entrevistó con el Embajador de España, quien en vista de lo que le expuso el patriota Misionero, le pidió que se lo diera por escrito. Cinco años más tarde pasó de nuevo por Bombay el P. Pedro, y pudo saludar al Cónsul español, quien le dijo (*a él*), a qué era debida la fundación del Consulado; pero no sabía, ni supo, quién fuera el misionero que se preocupaba con tanto celo de los intereses de la Patria.

Tanta actividad no había de quedar sin alguna recompensa humana. Por valiosísimos trabajos de *Asiriología*, la Real Academia de la Historia le nombró miembro correspondiente. Estando en Monte Carmelo, el gobierno francés le envió la roseta de *Officier* de Instrucción pública, por sus meritísimos trabajos en pro de la cultura en Bagdad.

El P. Pedro dedicó su obra a Santa Teresa, con motivo del III centenario de su Beatificación. Sin pensarlo ni quererlo doy a la imprenta las últimas capillas en el XXXVIII aniversario del ingreso en Religión del autor y dos días antes del IV centenario del nacimiento de la Seráfica Doctora.

¡Gloria a la Santa Madre que tales hijos tiene!

Juan Bta. Felín

Valencia 26 de mayo de 1915.

POST SCRIPTUM

Para que el lector conozca alguna de las poesías del P. Pedro, pongo aquí este

SONNET

Monde, pourquoi troubler le repos de mon âme?
 Je t'ai fui pour toujours, je ne suis plus à toi.
 J'ai changé mon vieux nom en celui de ma Dame,
 Elle a tout mon amour et possède ma foi!

Son attrait tout puissant me séduit et m'entraîne
 Je veux ce qu'elle veut, je marche sur ses pas.
 Je suis son vrai captif et je bénis ma chaîne.
 Oh, que cet esclavage a de charmants appas!

Mon sort est si parfait que l'ange me l'envie.
 En voyant mon bonheur
 Tous les Saints, s'ils pouvaient sentir la jalousie,
 Voudraient bien, comme moi, recommencer leur vie
 Pour consacrer leur cœur
 A la Mère de Dieu, à mon tout, à Marie!

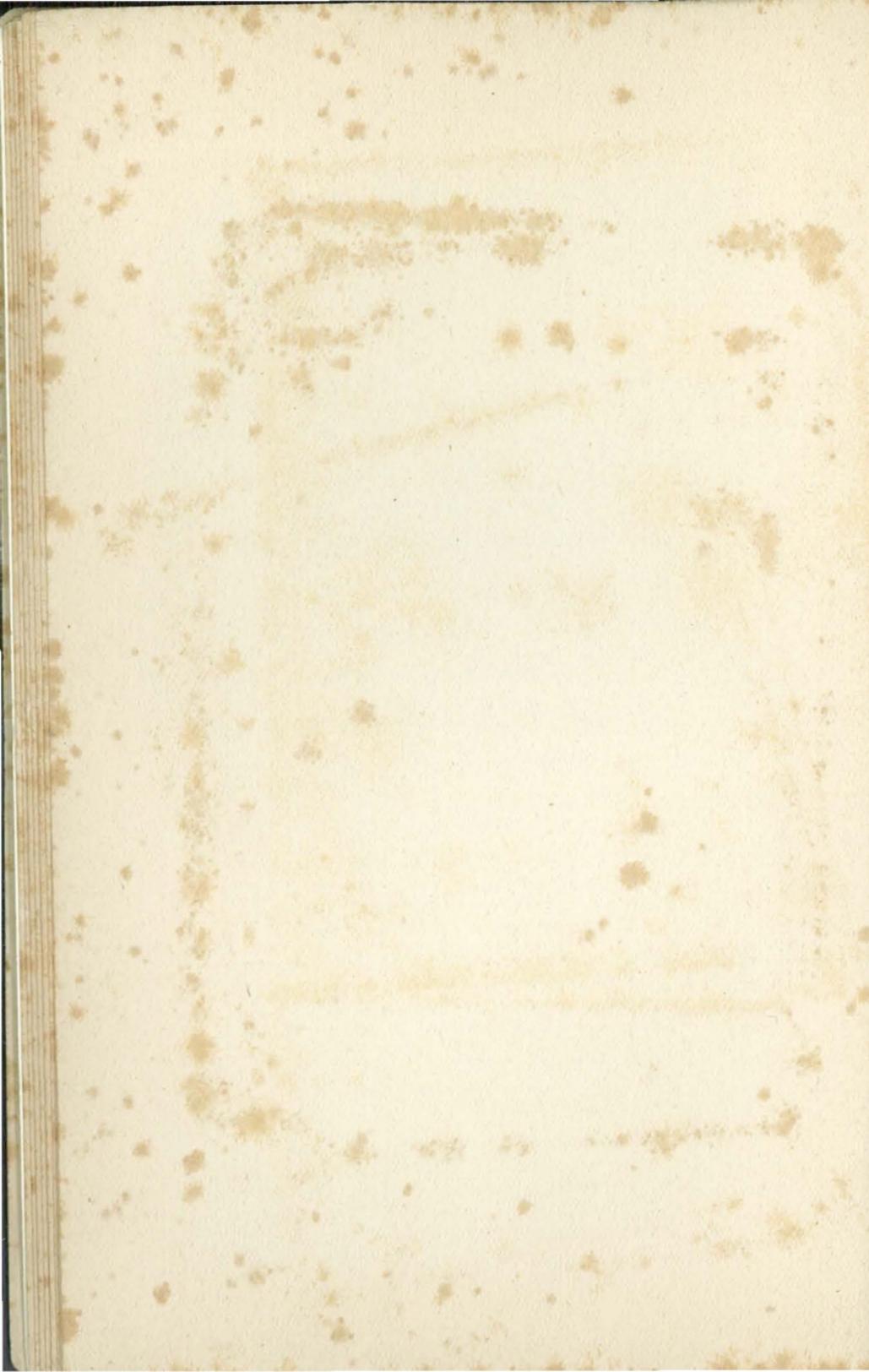
~ Dedicatoria ~

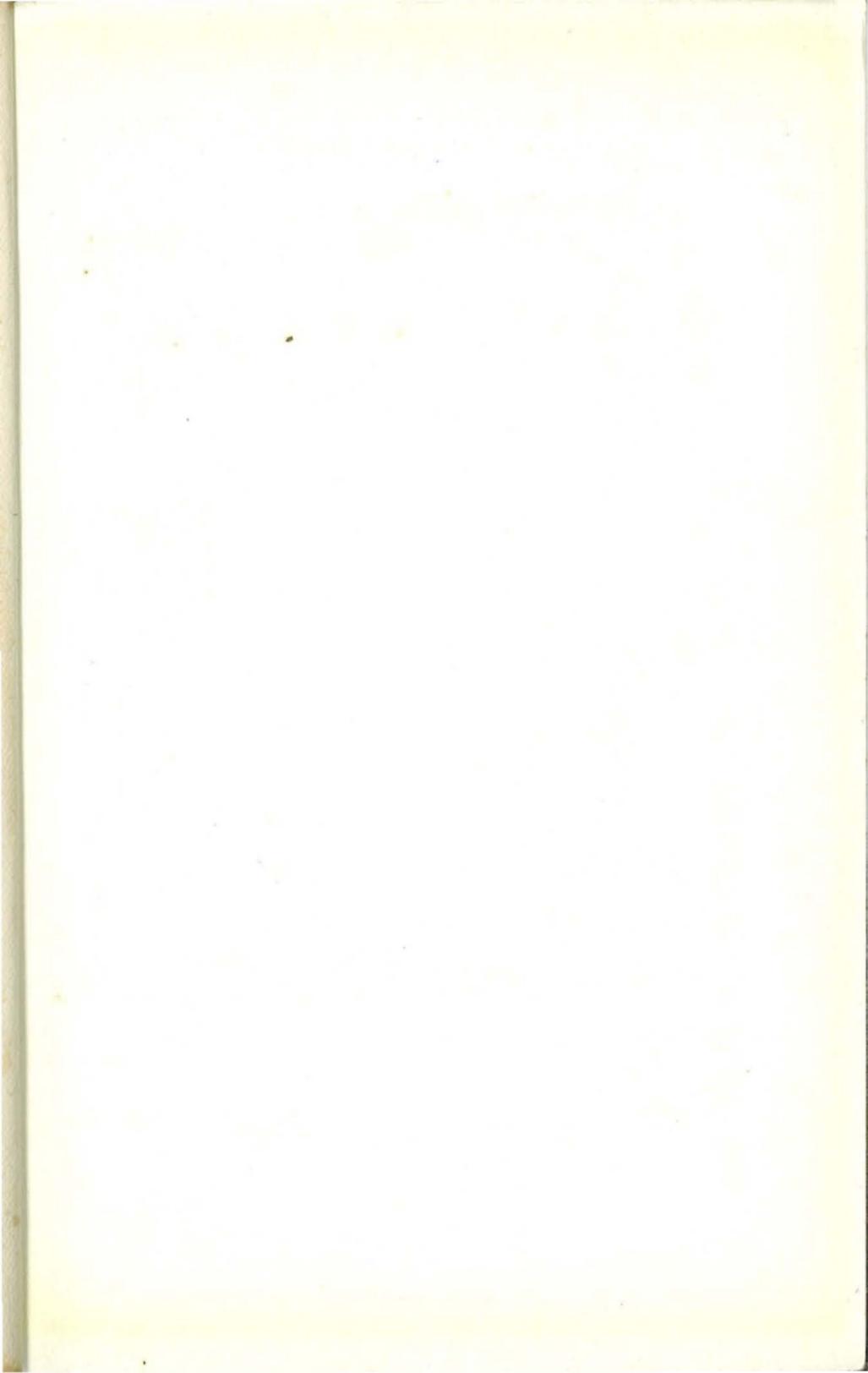
En el tercer Centenario de la Beatificación de N. M. Santa Teresa de Jesús, pongo respetuosamente a sus pies, como filial homenaje, esta modesta monografía histórica de un Convento que está consagrado a su gloriosa Transverberación.

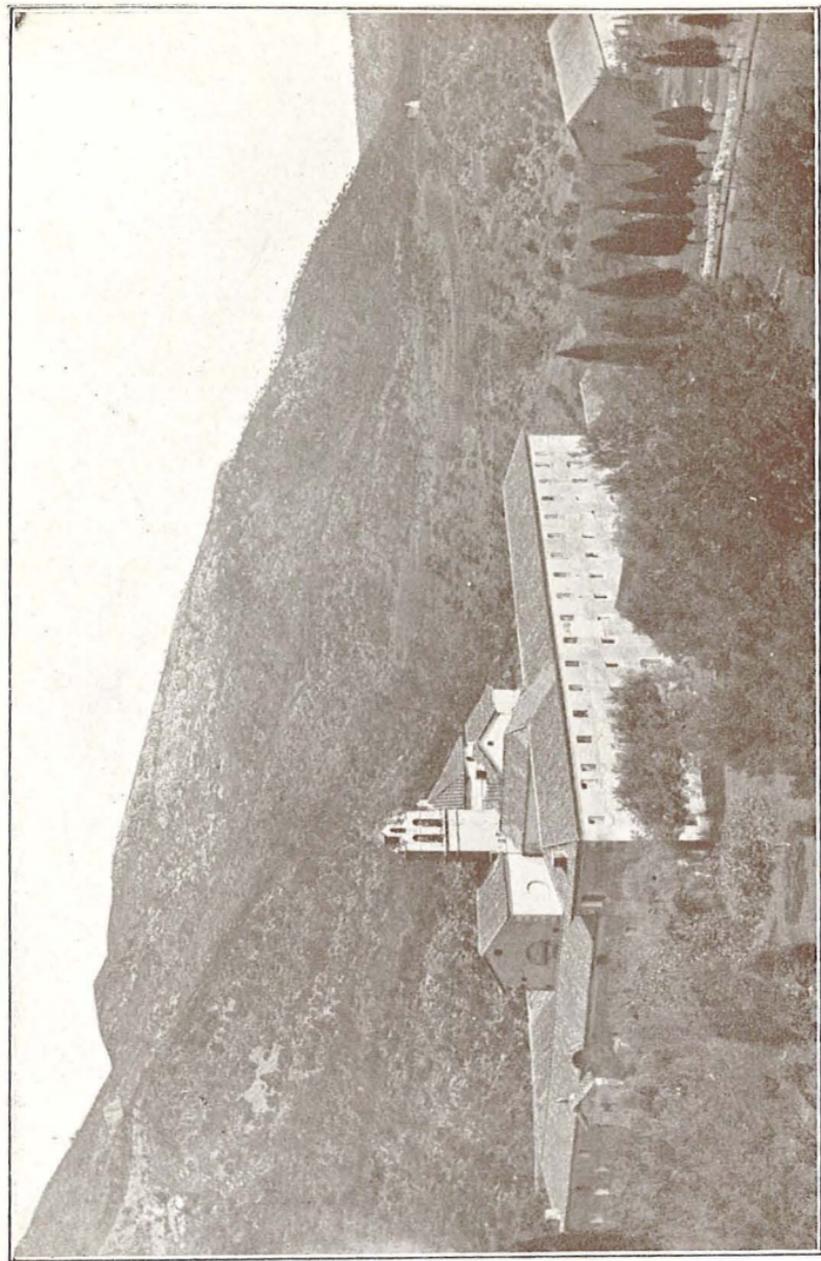
Desierto de las Palmas.

Fr. Pedro de la Madre de Dios, C. D. I.

Abril 1914







VISTA GENERAL DEL MONASTERIO

(Cliché del traductor)



EL DESIERTO

DE LAS PALMAS

CAPÍTULO PRIMERO

Situación y aspecto general

Yendo de Barcelona a Valencia, y después de haber pasado Oropesa, entra el tren en un túnel para desembocar al salir en la inmensa y célebre *Plana* de Castellón (1), llanura que confina por el SE. con

(1) A la mitad del trayecto de Benicasim a Castellón, se divisa desde el tren en las estribaciones de la montaña un santuario, de aspecto árabe, junto al cual mana una fuente. Es el ermitorio de la Magdalena, situado en el emplazamiento que ocupó Castellón desde su fundación, de probable origen fenicio, hasta su conquista por el Rey D. Jaime, quien por privilegio dado en Lérida el 8 de septiembre de 1251, autorizó a Ximén Pérez de Arenós para que trasladara la ciudad, como así lo realizó edificándola en el lugar que se llamaba *Palmeral de Burriana*, denominándose entonces la nueva ciudad «Castelló de la Plana de Boriana».

«Antiguamente—dice Viciana—fué nombrada la fuente Castula o Castalla... De manera que de Castula o Castalla, o por haber en la población Castillo se dijo la nueva población *Castelló*... Y el apellido *dé la Plana* procede por haber sido mudada y edificada la villa de

las olas azules del Mediterráneo y por el lado opuesto con una cadena de montañas, no muy elevadas, pero bastante pintorescas.

A la primera mirada, el viajero se convence de que se encuentra en un país rico. Variados cultivos transforman los campos en verdaderos jardines, y los olivos, los algarrobos y, sobre todo, los interminables verjeles de naranjos, alternando con los viñedos, atestiguan la laboriosidad de los habitantes, mientras que una multitud de casas de campo y villas rodeadas de jardincillos, de los que emergen los pinachos de palmeras orientales, dan a la campiña un aspecto a la vez placentero y alegre.

El sistema de riego de las plantaciones es anterior a la invasión árabe. Las mismas aguas, utilizadas de la misma manera, discurren por canales y acequias, abiertos siglos ha, cuidadosamente conservados por estos inteligentes labradores, que siguen sin cesar las tradiciones de sus antepasados.

Los bosques de naranjos, cubiertos de flores perfumadas en la primavera y cargados de fruto de oro en otoño e invierno, dan a esta porción de terreno un aspecto fantástico, que sorprende y encanta. La riqueza de esta tierra es grande: sólo la cosecha de naranja produce millones de renta todos los años. Durante varios meses (de noviembre a mayo principalmente) gran número de vapores, procedentes, sobre todo, de los mares del Norte, frecuentan los puertos de Castellón y Burriana para cargar cente-

Castelló en el campo llano donde agora está; el cual campo entonces y agora se nombraba y nombramos la *Plana de Boriána*.»

«Si toda la Plana de Boriána tomamos en junto hay en ella las villas que se siguen: Boriána, Almazora, Castelló, Villa real y Nules con su baronía.» (CRÓNICA DE VALENCIA) (N. del T.).

nares de miles de cajas de naranjas, que llevadas a los puertos de Londres, Liverpool, Manchester, Glasgow, Hull, Bristol, Cardiff, Hamburgo, Bremen, Amsterdam, Rotterdam, Amberes, Copenhague, Estocolmo, Cristianía, Montreal, Buenos Aires, etc., consumen los habitantes de medio mundo.

Para dirigirse al Desierto de las Palmas se deja el tren en la estación de Benicasim. Es éste un lindo y sencillito pueblecito cuyo término produce un exquisito moscatel y aceite de oliva en abundancia. Su nombre, como el de muchos otros pueblos de esta parte del antiguo Reino de Valencia, es evidentemente de origen árabe. *Beni-cazem* significa *los Hijos de Cazem*. Esta expresión, *hijos de*, servía y sirve aún, entre los árabes, para designar las tribus por el nombre de sus jefes. Es fácil convencerse de ello consultando cualquiera geografía de los países musulmanes, en la que se encontrará, efectivamente, un sinnúmero de *Beni* como prefijos de nombres de tribus y de lugares. Básteme citar los *Beni-lam*, en los alrededores de Amara, sobre la cuenca del Tigris. Muy cerca de Bagdad se encuentra la famosa tumba de *Cazem*, con sus cúpulas de oro, lugar predilecto de los peregrinos Chiítas (1). Dicho santón fué, sin

(1) Los Chiítas son musulmanes que originariamente defendieron los derechos hereditarios de la familia de Mahoma, vinculando en su primo y yerno Alí y sus descendientes el poder supremo en materia civil y religiosa, y aún la impecabilidad e infalibilidad doctrinal. Profesaban doctrinas fantásticas y absurdas, que dieron como consecuencia la aparición de numerosos sectarios. En la actualidad quedan de dichas sectas algunos restos, que habitan principalmente en Persia y en la India inglesa. (N. del T.)

duda el patrón religioso del jefe de la tribu establecida en aquel entonces en el término del actual Benicasim.

Al salir de la estación preséntase a la vista la perspectiva de tres o cuatro picachos de aspecto austero, de color gris algo rojizo y tan abruptos que únicamente las cabras pueden trepar por ellos, en busca de los escasos arbustos que crecen en sus grietas. Son las *Agujas de Santa Agueda*. Esta pequeña cordillera sirve como de cortina para ocultar el Desierto de las Palmas. Efectivamente: a los pocos minutos de marcha hacia Poniente, se divisa una cumbre elevada, rematada por una Cruz monumental. Es el monte *San Miguel*, que domina y corona la vasta propiedad del Desierto.

Un poco más lejos la vista se extiende libremente por detrás de las *Agujas de Santa Agueda*, por los flancos del monte San Miguel y por los montes circunvecinos, todos cubiertos de espesísimos pinares, alfombrados con variada y tupida maleza de perenne verdor, y coronada su cumbre por la inmensidad azul, límpida y clara. Bien pronto surgirá ante nuestra vista el Monasterio de los Padres Carmelitas Descalzos.

Para subir a las Palmas es lo más cómodo ir montado, tardándose hora y media en realizar la ascensión desde la estación a la puerta del Monasterio.

Al salir de Benicasim entran las acémilas en un ancho sendero, que hace las veces de carretera, a la izquierda de las *Agujas de Santa Agueda*. El cami-

no sube gradualmente, pero con suavidad. Al principio va costeano un barranco en cuyo fondo se ven enormes bloques de granito rojo obscuro, que, desprendidos de las cimas de las Agujas, han rodado hasta allí en los días ignotos de alguna conmoción sísmica. Allí están, desde hace siglos tal vez, silenciosos, pero testimoniando con elocuencia el poder de Aquel que hace mover los mundos, agita los continentes y sacude las montañas con la punta de su dedo meñique. ¡Cuán grande es Dios! ¡Cuán majestuosas sus obras! ¡Cuán admirable su poder!...

Hemos llegado a una casita situada junto al camino, a mano izquierda. Era antiguamente la habitación del Hermano portero, y en la actualidad sirve de alojamiento para algunos trabajadores de la propiedad. Desde este momento estamos en la finca de los Carmelitas. Una hora más de subida y habremos llegado al fin.

A medida que vamos avanzando, el paisaje es más hermoso. El camino serpentea a través de los pinares, pasando aquí y allá entre riscos y breñas y rodeando pequeñas colinas plantadas parcialmente de árboles o enteramente cubiertas de maleza. Algunas veces se eleva para ganar una altura, continuando después sobre altozanos... Los árboles son cada vez más numerosos, y el viandante divisa a su frente pequeñas construcciones, enjalbegadas con cal, arrebujadas en la espesura o posadas en lo alto de algunas prominencias: son las ermitas y capillas que visitaremos más tarde.

Sigamos subiendo. Ved a mano derecha una gran balsa para riego y más abajo una vasta explanada plantada de naranjos. En este momento sus ramas se arquean por el peso de las hermosas naranjas ma-

duras de que están cargados. Al lado opuesto, sobre una pequeña meseta, se ve un corral de ganado, vacío durante el día porque el rebaño padece en la montaña y no vuelve al aprisco hasta la noche, precedido del pastor. La sombra fresca y agradable de la espesura bríndale, durante las horas de sol, apacible redil en parajes tan hermosos que dan contento a los ojos que los miran.

Subamos, subamos sin cesar. Las ermitas se dibujan con mayor claridad y bien pronto por entre un grupo de cipreses se entreverá el Monasterio. Precisamente la campana voltea para anunciar el comienzo de la oración. Su tintineo, agigantado por el eco, repercute y se extiende con melancólico son por montañas y valles. La naturaleza entera parece recogerse para tributar homenaje al Criador.

Sigamos avanzando. Recorremos ahora un camino quebrado, que zigzaguea entre pinos, algarrobos e higueras. He aquí el Convento...

Para llegar a la portería hemos de pasar por entre dos hileras de cipreses venerables, que forman una avenida de aspecto casi funerario. Entre los cipreses están colocadas las estaciones del Vía-Crucis. Por fin echamos pie a tierra y tiramos del cordón de la campana, cuya lejana y ahogada vibración percibimos con dificultad.

Esperando a que respondan a nuestra llamada, examinamos la fachada. Es un pórtico sencillo y austero rematado por una estatua de San Elías, profeta, fundador de la Orden de los Carmelitas, blandiendo la flamígera espada con la diestra y teniendo a sus pies las cabezas de los falsos profetas de la antigüedad. Completa la decoración de la fachada un gran azulejo con la imagen de Santa Teresa de Jesús, re-

formadora de la citada Orden. A sus pies aparecen estos versos:

Hermano, una de dos,
o callar o hablar con Dios,
que en el yermo de Teresa
el silencio se profesa.

Empezamos a leer la primera de las dieciséis décimas, escritas sobre ladrillos, que ornamentan las paredes del atrio octogonal que precede a la puerta, y apenas hemos leído los cuatro primeros versos (¡Oh tú, ermitaño, que vienes—a habitar en este yermo,—cesa ya de estar enfermo—de culpas, si es que las tienes!...), llega el Hermano portero, que nos introduce en un modesto locutorio, presidido por un hermoso lienzo al óleo representando a San Juan de la Cruz, el primer Carmelita Descalzo.

El reverendo Padre Prior aparece al momento, nos da la bienvenida, y sin grandes frases, mas con sonrisa afable y benévola y suma cordialidad, nos invita a seguirle al interior del Monasterio, en el que se dispone a hacer los honores.

CAPÍTULO II

Historia de la fundación

Antes de describir el Convento, que es relativamente moderno, hagamos la historia de la fundación del Desierto. No dejará de interesarnos y edificarnos.

Me sirven de guía en este estudio: un hermoso libro manuscrito en el cual están consignados los menores detalles de la fundación, el libro de los difuntos del Monasterio, el libro de las fundaciones piadosas y una pequeña monografía publicada en 1900 por D. Francisco Miralles Meseguer, de la Diócesis de Tortosa.

En 1680, los Carmelitas Descalzos de Cataluña, Aragón y Valencia, formaban una sola provincia religiosa. Según las Constituciones de nuestra Santa Orden, cada provincia debe tener un Desierto, es decir, un Convento destinado exclusivamente a la vida monacal, en el cual puedan retirarse los Religiosos a los que una vocación especial hacia la contemplación les atrae a la soledad. Estos Religiosos, libres de los cuidados del ministerio activo del apostolado, se entregan allí a los ejercicios de la vida interior. Con este fin, en los Desiertos, además de un Monasterio central, debe haber pequeñas ermitas, a las cuales, en épocas determinadas y con el permiso del Padre Superior, puedan los Monjes retirarse, y dedicarse de lleno, en la soledad y el silencio,

a la obra de su santificación. Para esto es necesario que la situación del Desierto sea propicia a la contemplación, es decir, que esté bastante aislada de centros populosos.

En la época de que hablamos, el Desierto de Cardón, en la Diócesis de Tarragona, único entonces existente, se había hecho pequeño para el número de Religiosos de la provincia. Era, de otra parte, de penoso acceso para los de Valencia y Aragón, a causa de la distancia y de las escasas y malas vías de comunicación con que contaba.

Después de infructuosas gestiones en diferentes comarcas, los Carmelitas acabaron por buscar un lugar apropiado en los alrededores de Castellón, y siguiendo las indicaciones del Rector de Cabanes D. Francisco Falcó y del Vicario de Castellón don José Breva, encontraron un emplazamiento muy adecuado a su deseo en la Baronía de Benicasim, sobre colinas muy fértiles, situadas al abrigo de los vientos del Este, detrás de las *Agujas de Santa Agueda*. Habiendo examinado el lugar lo encontraron magnífico—dice la Crónica—y resolvieron adquirir la finca, que pertenecía a Maffas Gavarrell, habitante en la ciudad de Tortosa.

El hallazgo del Desierto de las Palmas no fué debido solamente a los esfuerzos de la actividad humana, ya que este lugar parecía estar predestinado por Dios para alguna obra sobrenatural. Un pastor que apacentaba su ganado en estas montañas, había visto, con frecuencia, vagar por bosques y colinas a un viejo con barba blanca, vestido de túnica gris y manto blanco. Los naturales del país sospechaban que era San Elías. Nunca, a pesar de todos sus esfuerzos, pudieron dar alcance al misterioso personaje.

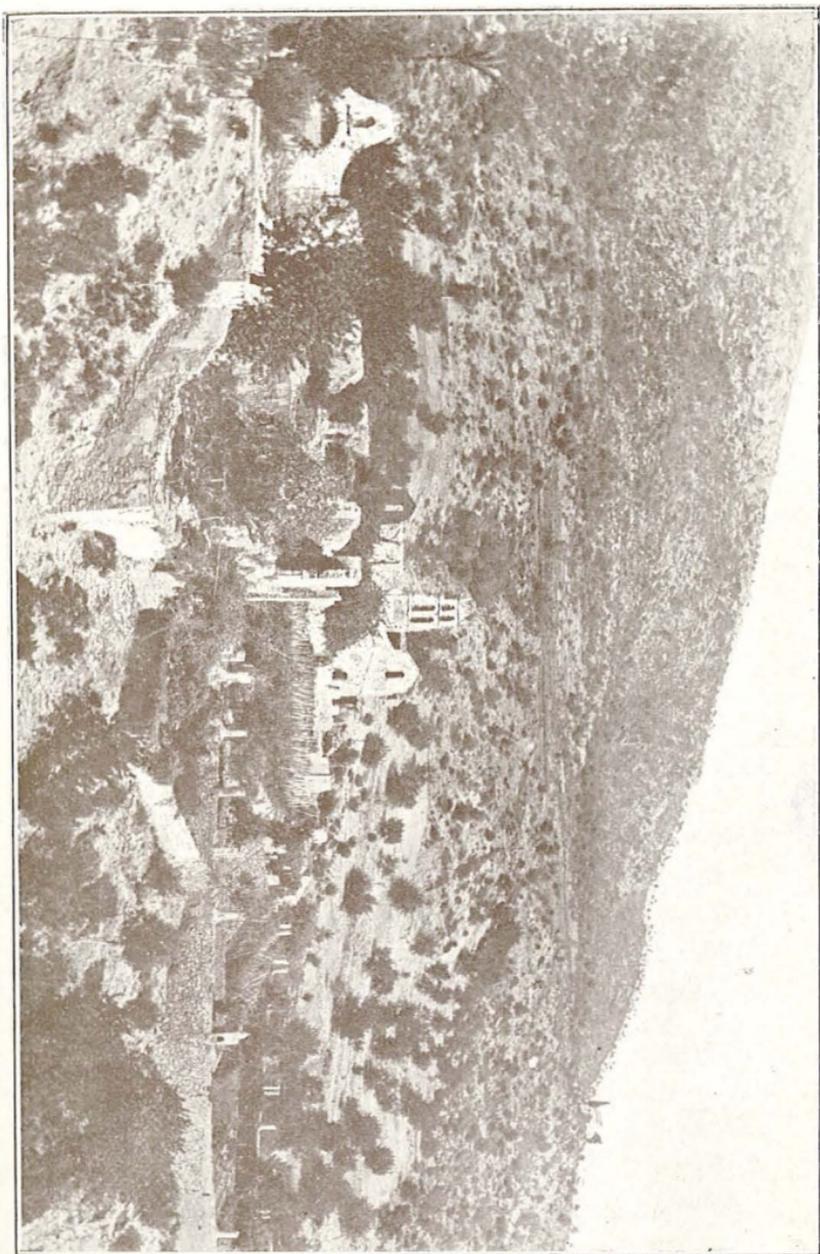
Los Carmelitas, al oír referir esto, pensaron piadosamente que su primer Padre frecuentaba estos lugares, como preparando su venida.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que después de bastantes contratiempos y de vencidos muchos obstáculos, el R. P. Juan de la Virgen, encargado por los Superiores de gestionar el asunto, acabó por comprar la antedicha propiedad, por precio de 950 libras, en 13 de julio de 1691. Los fondos para esta adquisición procedieron de la herencia que D. Miguel Juan Zaidía y Carrús, piadoso seglar de Valencia, había dejado a los Carmelitas Descalzos. El rey Carlos II autorizó la fundación por decreto de 23 de diciembre de 1693.

Después del permiso real se obtuvo fácilmente la licencia del Obispo de Tortosa, en cuya jurisdicción se encuentra el Desierto.

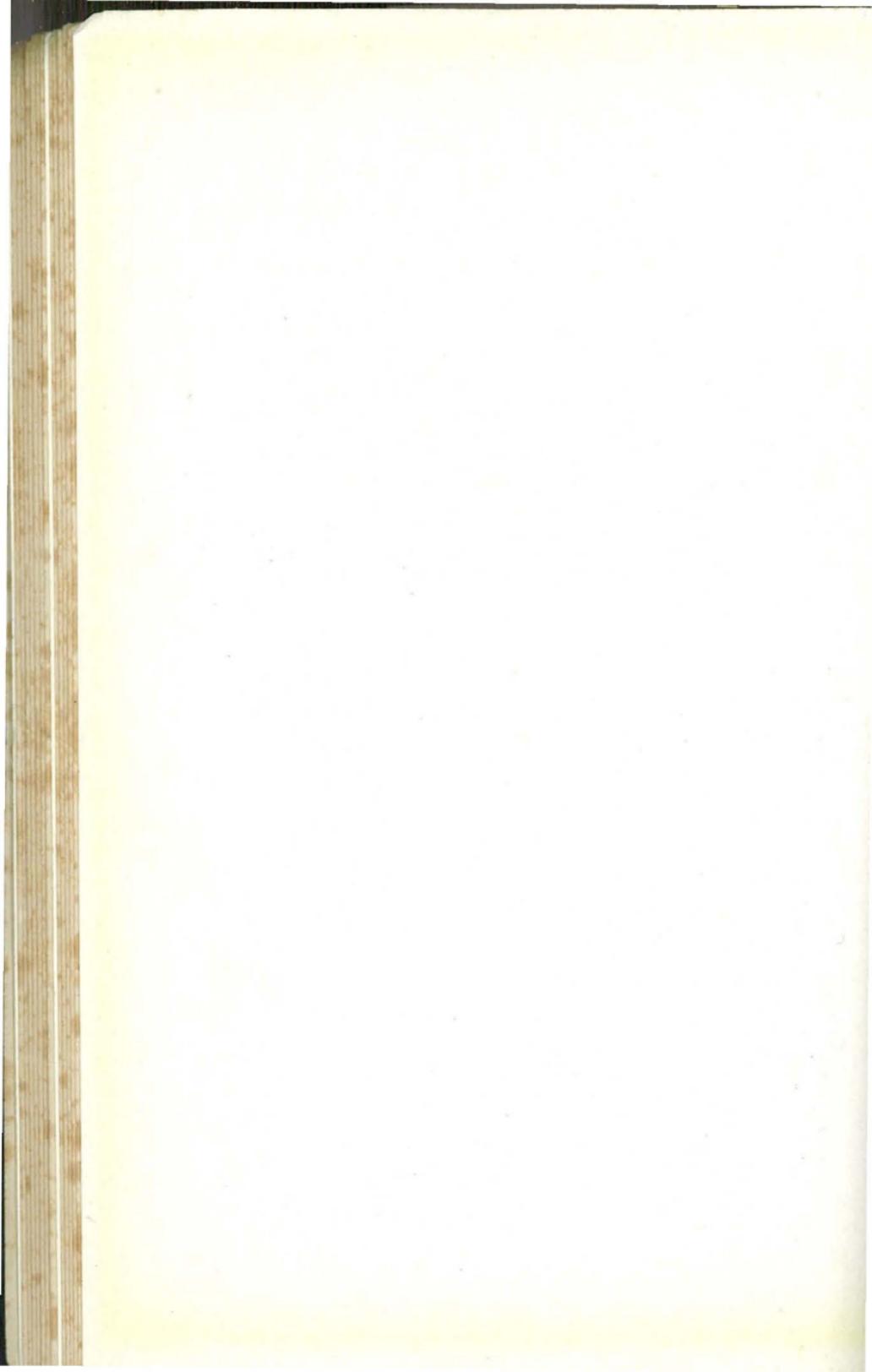
El 2 de febrero de 1694, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora y de la Presentación de Jesús en el Templo, los Carmelitas Descalzos inauguraron la vida religiosa en la casa de Matías Gavarrell, un poco agrandada y transformada en Convento. A la voz de una campanita, suspendida en una ventana, acudieron los habitantes de los alrededores, celebrándose la primera Misa en un pequeño oratorio, en cuyo emplazamiento subsiste aún una capilla dedicada a San Elías.

Asistieron a esta ceremonia los Piores de Valencia y de Nules, acompañados de muchos Religiosos, el Barón de Benicasim, el Gobernador de Castellón y unas treinta personas de diversas categorías, que acudieron para presenciar la inauguración. El acta de la toma de posesión fué levantada por un Notario Real llamado Pascual María Gilabert.



RUINAS DEL CONVENTO VIEJO

(Cliché del traductor)



Hecha la fundación, aunque muy pobremente, el R. P. Provincial destinó allí tres Religiosos: un Padre y dos Hermanos legos.

Poco tiempo después se observó que el punto elegido no era conveniente y que no se podría ensanchar el Convento por la pendiente del terreno sobre el cual se encontraba. En consecuencia se decidió edificar otro en un emplazamiento más apropiado.

Los trabajos comenzaron el 25 de marzo de 1697, cerca del hoy denominado *Bancal de la Colada*, y duraron doce años. El 2 de febrero de 1709 se estableció en el nuevo Convento, aún no terminado, la observancia regular de los Desiertos. Pero de todos modos la bendición de la nueva iglesia no tuvo lugar hasta el 9 de abril de 1733.

Mientras tanto los Padres Carmelitas habían ensanchado poco a poco su propiedad. A la primera masía, adquirida el 13 de julio de 1691, se añadieron otras tierras compradas al Barón de Benicasim por el precio de 2.300 libras, según contrato de 6 de febrero de 1694. Más tarde, los Carmelitas adquirieron la propiedad de Miravete de D. Antonio Sanz, vecino de Cabanes, y finalmente, para evitar cuestiones y pleitos, compraron al mismo Barón de Benicasim, en 17 de mayo de 1710, todos los derechos que pudieran pertenecerle sobre otras parcelas de terreno, situadas alrededor del Monasterio, susceptibles de dar lugar a litigios.

Llegados a este punto de la Historia del Convento, podríamos ocuparnos de la vida de los Religiosos que lo habitaban. Pero prefiero dejar esto para otro capítulo y acabar en el presente la relación de las obras sucesivas realizadas hasta nuestros días en este célebre Desierto.

Construído ya el Convento, y establecida en él la Comunidad, cuidáronse los Padres de edificar las ermitas. Gran número de pequeñas edificaciones surgieron aquí y allá, entre rocas y árboles, por todo el término del Desierto (1).

En la primavera de 1783 hubo una sequía extraordinaria, y, como consecuencia, en el otoño siguiente cayeron lluvias torrenciales cuyas aguas invadieron el Convento, poniendo en apurado trance a la Comunidad, que se reunió en la iglesia para implorar el auxilio de la Divina Misericordia, sacando después en procesión por los claustros del Convento a Jesús Sacramentado. Las aguas, descendiendo con ímpetu de la montaña, minaron los cimientos del Convento, que, agrietadas sus paredes, fué preciso

(1) Las enumeraremos ahora, sin embargo de describirlas más tarde.

Las ermitas estaban dedicadas: Al Nacimiento del Salvador.—A Nuestra Señora del Carmen.—A Nuestro Padre San Elías.—A la Sagrada Familia.—A Nuestra Señora de Montserrat.—Al Patriarca San José.—A Nuestra Señora de los Desamparados.—A San Antonio y San Pablo, ermitaños.—A San Juan Bautista.—A Nuestra Madre Santa Teresa.—A Nuestro Padre San Juan de la Cruz.—Al Angel de la Guarda y a San Miguel Arcángel.

Además había un magnífico Vía Crucis de 14 estaciones, terminado por un Calvario, denominado igualmente Capilla del Buen Ladrón, y una gruta adjunta que estaba consagrada al enterramiento del Salvador.

Citemos también, para terminar esta enumeración, otras pequeñas capillas o grutas, diseminadas por la propiedad, que nuestros antiguos monjes denominaban *antra*, es decir, *cavernas*.

Dichas grutas eran: La de San Elías.—La de San Juan de la Cruz.—La de Santa Eufrosina.—La de Santa Magdalena.—La de San Charitón.—La de San Alberto.—La de Santa María Egipciaca.—La de San Euthimio.—La de Santa Eufrasia.—La de San Pablo, y la de San Franco.

De estas construcciones muchas han desaparecido, otras están en ruinas, pero la mayor parte han sido restauradas o reconstruídas y subsisten aún.

abandonar inmediatamente porque amenazaba ruína, trasladándose la mayor parte de los Religiosos a otros conventos de la Orden.

Siguiendo el parecer de Arquitectos experimentados se resolvió edificar otro Convento sobre una eminencia menos expuesta a semejantes accidentes. Los Superiores decidieron, pues, una nueva construcción, cuya primera piedra se colocó el 25 de marzo de 1784, y en 21 de noviembre de 1788 se trasladó allí el Santísimo Sacramento. Este es el Convento que en la actualidad habita la Comunidad de los Carmelitas Descalzos.

Cuando por causa del probable hundimiento del antiguo Convento fué abandonado por los Religiosos, sólo quedaron los precisos para las atenciones más indispensables. La observancia de los Desiertos, que era imposible en aquellas circunstancias, fué sustituida por la de los Colegios, y de 22 Religiosos que componían la Comunidad, no quedaron con el Prior más que 12.

Se habían demolido por medida de prudencia las partes Este y Oeste del edificio; pero el día de los Santos Inocentes fué necesario evacuar rápidamente las celdas recayentes al Mediodía, que amenazaban igualmente hundirse. Los Religiosos trasladaron el Santísimo a la *Hospedería* y allí se instalaron también ellos porque era la única parte del Monasterio que podían habitar sin peligro.

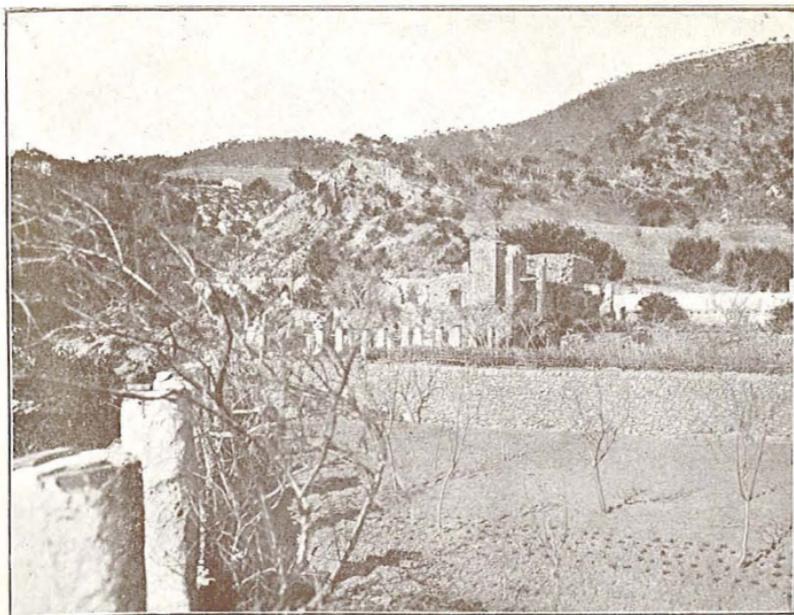
Permanecieron así hasta su traslado definitivo al nuevo Convento.

La citada Hospedería había sido construída a expensas del Obispo de Tarazona D. José Alcarráz y Belluga, que habiendo renunciado a su episcopado, obtuvo de los Superiores de la Orden permiso para

vivir en el Desierto de las Palmas (1755). El venerable Prelado, digno sucesor del célebre Fray Diego de Yepes, Confesor de Felipe II y amigo y biógrafo de Nuestra Madre Santa Teresa, había heredado de su predecesor una extraordinaria simpatía por la reforma del Carmelo. Esta fué la causa que le impulsó a querer acabar sus días en el Desierto; pero después de dos años de permanencia en él, se retiró a la Cartuja Ara Christi, en Aragón. Tal es la razón de que se llame con frecuencia *el palacio* a esta parte del Convento. Después de la partida del Prelado se destinaron dichos departamentos a hospedería, y en ella es donde se refugió la Comunidad después de la catástrofe.

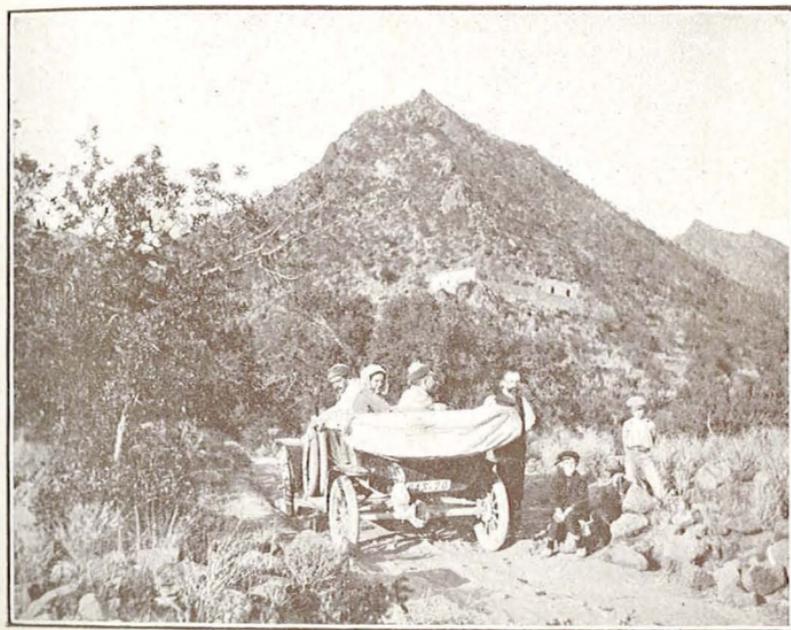
El nuevo Convento es más espacioso que el antiguo, cuyas ruínas subsisten aún formando un bello ornamento del paisaje.

Está dedicado, como los dos precedentes, a la Transverberación del Corazón de Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús.



Ruinas de "El Palacio"

(Cliché del traductor)



El automóvil frente a "El Salandó"

(Cliché J. M. Pastor)



CAPÍTULO III

Vida de los Carmelitas en los Desiertos

Como los Carmelitas Descalzos forman una Orden mixta, en la que la vida contemplativa va unida a la vida activa y aún al apostolado en las Misiones, nuestros legisladores han buscado satisfacer todas las aspiraciones de los Religiosos que abrazan nuestra Observancia. A esto obedece la fundación de los Desiertos.

En la época en que vivimos, en la que la vida activa es más intensa, como consecuencia de las costumbres y necesidades de la sociedad moderna, hay menos vocaciones a la vida puramente eremítica; los que la sienten vivamente se dirigen a la Cartuja o a la Trapa. Hay, sin embargo, algunas almas que, cautivadas por la idea de ser discípulas de nuestra Madre Santa Teresa y de nuestro Padre San Juan de la Cruz, vienen a llamar a la puerta de nuestros Monasterios. Por ello conservamos la institución de los Desiertos. En la actualidad, en vez de tener un Desierto por provincia, tenemos uno solamente en toda España, el de Rigada, cerca de Santander. Antes de 1880 teníamos uno en Francia, el de Tarasteix, cerca de Tarbes.

Digamos cuatro palabras de la vida de nuestros antiguos eremitas en general.

Los Religiosos que solicitaban morar en el Desierto iban, con la licencia del Padre Provincial, o

para siempre (moradores perpetuos), o para uno o varios años solamente (moradores temporales). Vivían bajo la dependencia de un Prior. Va sin decir que la observancia era en extremo rigurosa.

Nació la idea de la fundación de los Desiertos, del célebre Padre Tomás de Jesús, natural de Baeza (Andalucía) y profeso de nuestro Convento de Valladolid. Ayudado por el venerable Padre Nicolás Doria, fundó el Desierto de las Batuecas, próximo a Salamanca.

Las Constituciones de la Orden regulan del modo siguiente la observancia de los Desiertos. (Lo que sigue es un extracto de las Constituciones):

Como la soledad es muy propicia a nuestro género de vida, habrá un Desierto en cada provincia. El fin que se persigue es que los Religiosos que en ellos moren, ofrezcan todas sus buenas obras, oraciones y mortificaciones por el bien general de la Iglesia. No aceptarán estipendio alguno por las Misas que celebren. Vivirán en la más estrecha pobreza, y cualquier cosa superflua que posean, estarán obligados en conciencia a entregarla a otros Conventos más pobres, contentándose ellos con lo estrictamente necesario.

Sólo se admitirá en estos Conventos a los Religiosos de salud robusta y de espíritu elevado a las cosas espirituales, para que puedan seguir los ejercicios de esta rigurosa observancia. Los Religiosos muy jóvenes, demasiado débiles o de un temperamento melancólico, no podrán ser admitidos.

Para no interrumpir la vida silenciosa y retirada de los Monjes, nadie podrá visitar los Desiertos sin permiso escrito del R. P. General o del R. P. Provincial, y aun en estos casos la visita será breve.

Los Prelados y los bienhechores insignes serán recibidos en los Desiertos, aunque raras veces.

Bajo ningún pretexto podrán ser admitidas las mujeres. Cualquiera que violare esta prohibición incurrirá en excomunión.

No se predicará en los Monasterios de los Desiertos; las ceremonias litúrgicas se celebrarán con la mayor sencillez posible; los ornamentos sagrados y demás objetos del culto serán ordinarios y de poco valor.

No se harán estudios filosóficos, que absorben demasiado la atención de las cosas espirituales, y únicamente deberá haber obras de Sagrada Escritura, Patrología, libros de piedad y vidas de Santos.

La casi totalidad del tiempo en que permanezcan los Monjes en las ermitas, deberá estar consagrada a la oración y al rezo del Oficio Divino. El retiro en las celdas deberá ser puntualmente observado.

La alimentación será perpetuamente de vigilia y muy pobre. Los ayunos muy frecuentes y alguna vez a pan y agua.

El silencio será continuo, salvo en raras ocasiones, por dispensa del Superior, y en los días de conferencia espiritual, es decir, cada quince días durante una o dos horas, y aun en tales casos la conversación versará sobre cosas espirituales.

Para salir de clausura, es precisa la licencia del Prior y que medie una razón muy grave. Ningún Religioso pasará jamás la noche fuera de clausura, excepto el Padre Procurador, que tiene derecho a ello, en caso de necesidad.

En ciertas épocas del año, sobre todo al principio de Adviento y de Cuaresma, algunos Religiosos se retirarán a las ermitas, para entregarse de lleno a la

contemplación. Durante todo el tiempo que estén separados de la Comunidad se les llevarán los alimentos, que ellos mismos prepararán. Tendrán los actos y ejercicios espirituales a las mismas horas que en el Monasterio, y a este fin, con objeto de demostrar que se unen a los actos de la Comunidad, tan pronto como oyeren la campana del Convento, aunque fuere a media noche para los maitines, tañerán la campana de su ermita.

El Prior visitará las ermitas una vez por semana. Los Monjes irán al Convento todos los domingos, para asistir al Capítulo; pero terminadas las vísperas volverán en silencio a sus respectivas ermitas.

No enviarán ni recibirán correspondencia sin la licencia necesaria, y sólo podrán recibir la visita de su familia una vez por año.

Los Religiosos que no se conformaren absolutamente con esta observancia serán enviados a otros Conventos.

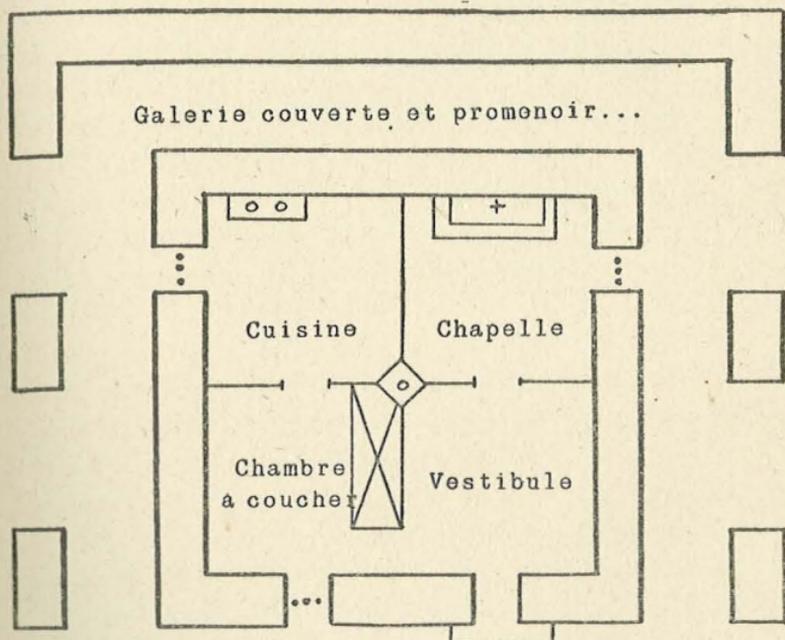
Tal es, a grandes rasgos descrita, la vida que se profesa en los Desiertos de la Orden. Como fácilmente se comprende, es precisa una vocación especial y una gran dosis de espíritu interior y de fortaleza física para poderla soportar; pero Dios atiende solícito a sus fieles servidores y son muchos los que han observado ese género de vida durante gran número de años.

Ocupémonos ahora de las ermitas. Su forma y su disposición interior son dignas de que las describamos con todos sus detalles.

Exteriormente tienen la forma de una capillita cuadrangular, rematada por un pequeño campanario y rodeada por tres de sus lados de una galería estrecha y cubierta que protege las paredes contra la

intemperie y sirve de paseo al monje en días de lluvia o de sol abrasador.

En su interior, dos tabiques que se cortan perpendicularmente forman cuatro departamentos. El que tiene su acceso por la puerta de entrada hace las veces de vestíbulo y sirve de locutorio para recibir la visita del Prior. Enfrente está el oratorio. Al lado izquierdo se encuentra el cuarto de estudio y dormitorio del ermitaño. El otro departamento puede ser utilizado como taller y cocina. (Véase el dibujo).



Plano superficial de la ermita de Santa Teresa

En el centro del edificio y punto de unión de los tabiques, hay a la altura de la mano un espacio vacío, rodeado de cuatro marcos encristalados, recayentes, respectivamente, a los cuatro departamentos, para colocar en él una lámpara, que debía estar ar-

diendo toda la noche y alumbrar así simultáneamente las cuatro dependencias. La lámpara era de aceite, y el humo subía hasta el techo por una pequeña chimenea, construída en el cruce de los tabiques.

Cada ermita tenía anejo a ella en el campo, a cien metros de distancia, un sencillo edificio abovedado y abierto por la parte de Mediodía, que nuestros ermitaños denominaban *antrum*, o caverna, y que hoy llamamos *grutas*. Todo su menaje se reducía a un altarcito, con la imagen, sobre lienzo o en escultura, del Santo titular.

Los monjes se retiraban por algún tiempo en tales grutas, para expansionarse a ciertas horas del día. Triste expansión, dirán algunos. Yo contesto: Para el solitario, que no busca las distracciones que disipan, el sólo cambio de lugar, y el ejercicio a él inherente, constituyen una expansión apreciable, y sobre todo, higiénica.

CAPÍTULO IV

Biografías breves de algunos Monjes

En el libro de los difuntos del Desierto de las Palmas se han consignado las virtudes de algunos de los Religiosos que en él han morado y en él han muerto.

La lectura de sus biografías, escritas por contemporáneos, es edificante en grado sumo. Resumirlas todas sería emprender una obra de altos vuelos. Me contentaré con dar aquí muy ligeramente algunos plumazos para bosquejar tan sólo varias de las siluetas más características.

Confío que estas breves semblanzas, hechas al correr de la pluma, impulsarán a algún amigo de nuestras tradiciones monásticas a coleccionar más tranquilamente y dar a luz tan preciosos recuerdos. El que lo lleve a cabo merecerá bien de la Orden.

El primer Prior del Desierto de las Palmas fué el R. P. Miguel de San José, aragonés. Dicho Padre no tenía más que un hábito, dormía sobre el duro suelo sin cubierta ninguna, durante el día trabajaba en el campo y gran parte de la noche la pasaba en oración; cavó con sus propias manos un depósito para recoger el agua de una fuentecilla (la que se conoce con el nombre de San Juan de la Cruz), destinada a satisfacer las necesidades del Convento primitivo. Se asegura que este Padre poseía el don de

leer en el interior de las almas. Con sus oraciones consiguió sofocar un incendio, que amenazaba devorar un bosquecillo de pinos. Más tarde se le nombró Prior del Convento de Zaragoza y al poco tiempo Provincial. Pero renunció bien pronto al cargo, y volvió al Desierto para vivir en él como simple Religioso.

Al mismo tiempo que el R. P. Miguel de San José, moraban en las Palmas dos Hermanos legos, dignos en verdad de vivir en compañía de su santo Prior.

Uno de ellos, nacido en los alrededores de Barbastro, llamado Bartolomé de la Santísima Virgen, estaba muy ejercitado en la práctica de todas las virtudes y más particularmente en la oración. Existe en el país la tradición de que poseía espíritu profético y el don de curar a los enfermos. El buen Hermano descubrió una gruta en la montaña, y allí pasaba largas horas entregado a la contemplación. La gruta es conocida con el nombre de *Cueva del Bartolo* (1).

El otro Hermano, Juan de Todos los Santos, era francés de nacimiento, gran penitente y muy trabajador, no menos dado a la oración que al trabajo. Buscó asimismo, y por fin encontró, otra caverna en lo alto de un barranco, en la *Peña Corva*, próxima a la del Hermano Bartolomé.

Estos dos Hermanos convinieron que permanecerían alternativamente en su retiro, de tal suerte, que cuando uno estuviera trabajando el otro permaneciera en oración, o mejor dicho, que uno perma-

(1) La ermita de San Miguel está sobre la cumbre del monte en que se encuentra la *Cueva del Bartolo*; por ello, y por la errónea creencia de que la construyó personalmente el Hermano Bartolomé, se la llama vulgarmente *El Bartolo*, y asimismo se da ese nombre al monte. (N. del T.).

necería en el Convento, haciendo el Oficio de María, mientras que el otro se encerraría en las entrañas de la roca, para entregarse a las místicas ocupaciones de María.

Estos buenos Hermanos, al igual que su venerable Superior, no tomaban más alimento que grosero pan, yerbas cocidas o crudas y algunas frutas, y su única bebida era el agua de la fuente.

El primer Padre que vivió en el Desierto como morador perpetuo, es decir, para permanecer allí toda su vida, fué el Padre Miguel de San Elfas. Este Religioso, natural de Calasanz, en el Obispado de Lérida, tomó el hábito en nuestro Convento de Zaragoza y poco después pidió ir al Desierto de Cardón, en Cataluña. De tal modo se penetró de la vida eremítica y fué tan perfecto modelo de Solitario, que los Superiores juzgaron conveniente trasladarle a las Palmas, para hacer florecer allí la observancia del Desierto. En las Palmas vivió sin interrupción hasta los 63 años de edad, en la más rigurosa penitencia, ayunando todos los días, aún los domingos, y edificando a todos sus hermanos con una piedad angelical. Su director espiritual aseguró, después de su muerte, que, a su parecer, había conservado toda su vida la inocencia bautismal. Predijo que moriría en la fiesta de San Hilarión, y el vaticinio se cumplió exactamente.

Otro Monje, el Padre José de Jesús María, después de haber ejercido su ministerio, con fruto abundante, durante varios años, en otros Conventos, pidió y obtuvo el ir a acabar sus días en el Desierto. Vivió en tan continuo fervor, que a su muerte, ocurrida en 1719, a la edad de 77 años, se pudo resumir su elogio fúnebre en estas palabras, que se leen en

el libro de los difuntos: «Guardó toda su vida la Regla en toda su perfección». Este fué el que habiendo recibido de fuera algunas limosnas, las dedicó, con la licencia de sus Superiores, a la construcción de la ermita de la Sagrada Familia. Esta ermita fué destruída por los temporales y no queda rastro de ella. La alta nobleza de la Duquesa de Arcos, que la tomó bajo su patronato, no ha podido evitar su destrucción. El Padre José, por un exceso de caridad fraterna, empleaba sus ratos de ocio componiendo los hábitos y la ropa interior de los otros Religiosos.

El Padre Andrés de la Cruz, varón distinguido por su ciencia y virtud, abandonó el Convento de Zaragoza, en el que era muy estimado, para ir a refugiarse en el Desierto, lejos de las seducciones del mundo, y en él fué modelo de observancia y de dulce piedad. Se le encomendaron diferentes cargos, en el ejercicio de los cuales brillaron su caridad, su obediencia y su amor a la pobreza. Su caridad se manifestó sobre todo en la portería, por la acogida que dispensaba a los pordioseros que allí se daban cita todos los días. Durante varios años el Prior le comisionó para distribuir las limosnas, y lo llevaba a cabo con tanta bondad, que los pobres le tenían una profunda veneración. Fué asimismo encargado de la administración, y en ella, sin jamás traspasar las órdenes de su Superior, sabía hermanar la sabia prodigalidad con la austera pobreza religiosa. Celebraba la Misa con devoción angelical, y, después de haber celebrado, ayudaba aún dos o tres Misas a los otros Padres, para continuar su acción de gracias. Habiendo padecido este Padre una fuerte nefritis, recibió con resignación los últimos Sacramentos; pero habiendo, contra toda esperanza, mejorado, se

le trasladó por orden del médico, para poderle atender con mayor cuidado, al Convento de Nules, el más próximo a las Palmas, y en él murió, en olor de santidad, de una recaída, el 27 de abril de 1735.

«Los hombres que han practicado con heroísmo la virtud, son dignos de elogio», dice el *Eclesiástico*. Este texto se acomoda a maravilla al R. P. José de la Madre de Dios, que vivió 27 años en el Desierto y fué en él Prior dos veces. Nació en el reino de Valencia, tomó el hábito en el Convento de San Felipe, y en poco tiempo hizo notables progresos en la virtud y en las letras. Recién ordenado de presbítero fué nombrado lector de moral. Su curso fué, ante todo, un curso de moral en acción y esencialmente práctica por el ejemplo. Le dispensó Dios una gracia especial en la dirección de las almas, y su confesionario no tardó en ser frecuentadísimo. En cierta ocasión un gran pecador fué de tal manera herido por las dulces y fuertes reconvenciones del buen Padre, que murió de arrepentimiento al dejar el confesionario.

A pesar del bien que hacía en la ciudad, se retiró al Desierto, y en él fué primeramente Subprior y después Prior dos veces. Su biógrafo dice que el Padre José no necesitaba hablar para mover a la práctica del bien, pues su vista sola bastaba para impulsar a la Comunidad al ejercicio regular de las virtudes. Dicho Padre era muy mortificado: además de las disciplinas de regla se daba otras tan rigurosas, que sólo el ruido que salía alguna vez de su celda, llenaba de espanto a los demás Religiosos. Su oración era continua; su sobriedad, extraordinaria: no comía sino lo indispensable para sostener sus fuerzas. Se dice que en 27 años no probó una sola

fruta por mortificación. Tan admirable Padre, después de haber sido Superior, aceptó con gozo el oficio de portero, y llenó su cometido con la mayor modestia. Murió santamente, como había vivido, en el Convento de Valencia, al que se le trasladó en su última enfermedad para poderle cuidar mejor, el día 9 de mayo de 1741.

En la crónica mortuoria de un Religioso de este Monasterio se lee que, cuando vivía en el mundo, poseía una habilidad poco común para todos los ejercicios del cuerpo, tales como la lucha, la carrera, el juego de barras, etc. Cierta día, después de haber pasado toda la tarde jugando a la pelota, ganando 70 escudos, que rehusó, contentándose con el honor, vuelto a su casa se puso a rezar sus oraciones de costumbre, esperando la hora de la cena. Parece que fué entonces cuando se apoderó de su espíritu la idea de entrar Religioso en la Orden de Nuestra Señora del Carmen. Dios conoce a sus elegidos y algunas veces, en el momento en apariencia menos propicio, se les acerca y los toca con su Gracia. Así ocurrió en el caso que nos ocupa, y la inspiración divina no fué desperdiciada. Algunos días después salió de su casa, de incógnito, y se presentó en el Noviciado, en el que tomó el hábito. Fué un ferviente Religioso y poco después maestro de novicios, lo que demuestra su gran espíritu interior. Al fin de su vida se retiró al Desierto, y quedó ciego, viéndose privado de su mayor satisfacción, que era celebrar los Divinos Misterios. Desde entonces, vivió en íntima unión con Dios esperando el Cielo.

El 8 de diciembre de 1795 murió santamente un Religioso de 80 años, de los que 50 los había pasado

en el Desierto. Dícese que su reputación de santidad era tal, que a sus funerales concurren muchos Superiores generales y provinciales de diferentes Ordenes Religiosas, centenares de Religiosos y una multitud inmensa de fieles. Así es como Dios glorifica a sus amigos predilectos.

El 7 de abril de 1825, durmió en la paz del Señor el Padre Ignacio de San Vicente Ferrer. Este Religioso, que había sido varias veces Prelado, cayó enfermo en avanzada edad y obtuvo permiso para retirarse al Convento de San Felipe de Valencia, para reponerse y cuidarse. En estas circunstancias sobrevino una expulsión de Religiosos. Su estado de salud le eximió de ser molestado. Esto dió lugar a que recayeran en él sospechas de estar de acuerdo con los perseguidores, y fué maltratado por sus propios hermanos de Religión, impulsados por tan injusta sospecha. El, encomendando su defensa a Aquel que sondea los corazones y los espíritus, y sabe la verdad, no se defendió, guardó silencio y fué a morir a las Palmas.

En 1885 se vió Benicasim invadido por el cólera y bajaron del Desierto dos Padres, para ayudar al Cura a cuidar a los enfermos. Uno de ellos, el Padre Gerardo del Sagrado Corazón, murió de la epidemia, víctima de su caridad.

Podría citar otros Religiosos, que han ilustrado el Desierto con sus virtudes, y en él han muerto en estado de predestinación, pero temo fatigar al lector. En esta materia, creo que con lo dicho basta.

CAPÍTULO V

El Desierto durante las Guerras.-Otros hechos

Nada más opuesto a la vida de los anacoretas que la de los soldados en campaña, y el Desierto de las Palmas ha sido muchas veces visitado por gente armada, durante las guerras que han tenido lugar en España después de la fundación del Monasterio. En él, el silencio del claustro ha sido turbado más de una vez por los clamores de la soldadesca. Veamos cómo.

Durante la guerra de Sucesión, al advenimiento de Felipe V de España, los partidarios del Archiduque Carlos de Austria, que formaban guerrillas muy indisciplinadas, visitaron con frecuencia el Desierto para hacer requisas forzosas. Los Padres entregaban todo lo que poseían, pero los granujas *Micaletes* exigían aún más, y maltrataban a los pobres Monjes para obligarles a satisfacer su avaricia.

Los *Micaletes* habían establecido su alojamiento más abajo del Desierto, en un viejo edificio que aún se conserva, en las abruptas laderas de la montaña, como nido de aves de rapiña, descendiendo a mano izquierda, y que es conocido con el nombre de *El Salandó*.

Los expresados partidarios del Archiduque entraron a saco muchas veces en el Convento, con el

pretexto de que los Monjes escondían armas y municiones para las tropas realistas, lo cual era enteramente falso. Pero Dios permitía tales cosas para probar a sus fieles servidores.

Una vez, a su llegada, anunciaron a los Padres que iban a prender fuego al Convento porque eran partidarios del Rey Borbón. Es fácil imaginarse la desolación que se apoderó de los Religiosos... Pero sus súplicas fueron oídas por Dios, que tocó el corazón del capitán, que desistió de su propósito. En otra ocasión los mismos granujas quisieron apoderarse del Prior y retenerle prisionero. Todos los Padres se pusieron de rodillas para pedir su indulto. Entonces los foragidos volvieron su rabia contra un piadoso seglar que se encontraba allí, e intentaron fusilarle. Los Padres pusieron gran empeño en salvarle y tuvieron que pagar una fuerte indemnización por su rescate.

Repetidas veces los *Micaletes* se instalaron en el Convento durante tres o cuatro días consecutivos, expulsando a los Monjes de su morada, y derrochando las provisiones en orgías que duraban toda la noche. Cuando todo lo habían consumido, se iban contentos y maldiciendo a los Monjes.

El tormento duró cerca de tres años. Los pobres solitarios no tenían para defenderse otras armas que la oración y la paciencia. Pero «la paciencia todo lo alcanza», ha dicho nuestra Madre Santa Teresa. Estaba el Prior decidido a permitir a muchos de sus Religiosos que se trasladaran a otros Conventos, para sustraerse a tantas vejaciones, cuando las tropas realistas obtuvieron la célebre victoria de Villaviciosa, a las órdenes del Duque de Vendôme, en 1710. Inmediatamente los *Micaletes* abandonaron su

guarida del *Salandó*. Nuestros Padres pudieron entonces vivir tranquilos.

Un siglo más tarde, durante la guerra de la Independencia contra las huestes de Napoleón I, nuestros Religiosos del Desierto tuvieron también ocasión de sufrir. En 1811, el ejército francés llegó a la ciudad de Castellón, y desde allí se esparcieron las tropas por toda la comarca. La soldadesca comettía por todas partes atropellos sinnúmero; nuestros Padres estuvieron sometidos a las peores vejaciones. Algunos, presos de enorme pánico, huyeron; otros siguieron valerosamente en su puesto. Varios destacamentos subieron al Monasterio, para exigir contribuciones en especie y en dinero; pero algunos amigos de la Comunidad advirtieron al jefe francés, que había establecido su campamento en Benicasim, que los Padres eran muy pobres e inofensivos, y el jefe de las fuerzas francesas prohibió a los hombres a sus órdenes volver a las Palmas.

El general que mandaba en Castellón las tropas francesas, era polaco. Se le hizo creer que había algunos conspiradores ocultos en el Convento. Resolvió entonces ponerle sitio y destruirlo. Afortunadamente el Marqués de Ysategui, que era entonces Gobernador de Castellón, tenía estrecha amistad con el general; intercedió en favor de los Carmelitas y logró tranquilizarle. El general se contentó entonces con enviar una comisión militar, para que secuestrara los bienes del Convento. Un teniente y treinta hombres subieron a las Palmas. El Prior los recibió con gran cordialidad; esto les desarmó. El teniente se limitó a hacer inventario de los muebles, cuya custodia confió al Prior. Se llevó, por mera fórmula, algunos objetos: un cierto número de orna-

mentos de iglesia, el reloj del campanario, una pequeña cantidad de libros, varios utensilios de menaje y algunos bocoyes de vino. El expresado teniente, napolitano de origen, al despedirse del Prior le dijo: «Os considero feliz de permanecer en esta hermosa soledad. Desearía en verdad imitaros, porque estoy en extremo fatigado del mundo y tengo gran necesidad de cuidar de la salvación de mi alma».

Algo más tarde, los franceses, al declarar nacionales todos los bienes que acaparaban, pusieron nuestro Convento en alquiler. En estas circunstancias no nos faltó la protección divina. Un bienhechor nuestro de Castellón, D. Agustín Tirado, se presentó al Administrador de Hacienda, para alquilarle el Convento por el precio aproximado de 1.200 francos anuales. Consiguió en seguida sub-arrendarlo a los Carmelitas, que pudieron de este modo morar en paz en su Monasterio. La Providencia obraba visiblemente en su favor.

Después de la salida de los franceses de España, las Cortes de Cádiz ordenaron poner en alquiler todos los bienes de los Religiosos en provecho del Estado. También en esta ocasión el mismo bienhechor se hizo nuevamente arrendatario y nos sub-arrendó la propiedad en las condiciones que quedan expresadas.

Al advenimiento de Fernando VII volvieron las cosas a su antiguo estado, y los Monjes vivieron en paz durante algunos años.

Pero los sufrimientos volvieron de nuevo durante la guerra civil entre los carlistas y los isabelinos (1833-1840). El Desierto fué frecuentemente visitado por las tropas de las dos partes, que iban allí alternativamente a practicar la requisa.

La última guerra civil, en 1872, fué igualmente causa de turbación y de desagradables sorpresas para los pacíficos moradores del Desierto. Los carlistas los trataban con respeto, pero los liberales buscaban su daño.

En cierta ocasión un grupo de liberales armados se presentó, a la caída de la tarde, en el Monasterio, con intención de prenderle fuego. Pero Dios no lo permitió, y la enfurecida turba descargó su rabia contra los cuadros que adornaban los claustros, arremetiendo contra ellos a cuchilladas. Se conservan aún algunos lienzos que ostentan tan salvajes cicatrices.

A pesar de todo, y a despecho de guerras e invasiones, los Carmelitas Descalzos no han abandonado jamás su Monasterio. El Desierto de las Palmas es el único Convento en toda España del que los Monjes no han sido expulsados.

Cuando la tristemente célebre exclaustación bajo el ministerio Mendizábal, en 1835, los habitantes de Castellón, agradecidos porque los Padres Carmelitas habían dejado su soledad para ir a cuidar los enfermos de la Ciudad durante el cólera de 1834, pidieron al Capitán General de Valencia que la Comunidad de las Palmas fuera exceptuada de las leyes de expulsión. Se les concedió lo que solicitaban, y el Desierto conservó sus piadosos solitarios.

¿Qué añadiré a lo dicho, que haga referencia a la historia de este Convento?

A principios del siglo pasado, cuando el célebre Francisco Arago vino a España para medir el cuadrante del Meridiano, medida que había de servir de base al sistema métrico decimal, se estableció en el Desierto, e instaló sus instrumentos sobre la cumbre

del monte San Miguel, en la ermita de este nombre. El Desierto se encuentra en el Meridiano de Dunkerque.

Más tarde, en 1860, a fin de observar el eclipse de sol que había de tener lugar el 18 de julio de dicho año, fué a establecerse en el Desierto una Comisión del Observatorio de Madrid y otra de Portugal. Entre los sabios y curiosos que acompañaban a las Comisiones oficiales, se encontraban el ilustre Padre Secchi, S. J., del Observatorio Vaticano; el Duque de Montpensier; D. José Montserrat, Catedrático de la Universidad de Valencia; el Padre Vinader, Profesor del Seminario de Salamanca; el Conde de Pestagua; D. Antonio Rodríguez de Cepeda, y otros. En 1877, el Comandante Puigcerver y el Capitán Bellón, encargados de apreciar la posición exacta de las Islas Baleares, hicieron instalar en lo alto del monte San Miguel una máquina de vapor para producir luz eléctrica, y hacer durante la noche, señales que se vieran desde Ibiza.

En el año siguiente, el Comité Geodésico (Ministerio de Fomento) envió al Teniente Coronel Eugenio, para que fijara sobre este monte sus puntos de mira. En una placa colocada en el interior de la ermita de San Miguel se lee: =Altitud, 728 metros (sobre el nivel del mar). =Latitud, $4^{\circ} 5' 7''$ =Longitud, $30^{\circ} 43' 6''$ E. de Madrid. =Azimud, $115^{\circ} 17' 35''$ de Peña Golosa=.

En 1881 se hicieron en el mismo punto observaciones astronómicas para determinar la diferencia de longitud entre Madrid, el Desierto y Perpiñán. Nuestro amigo el Comandante D. Juan Borrés formaba parte de la Comisión que ejecutó estos trabajos. Con tal motivo se construyó una línea telegráfica

provisional, desde la cumbre del monte San Miguel a la estación de Benicasim, para comunicar con Madrid, Perpiñán y París.

CAPÍTULO VI

El Desierto en nuestros días

Prosigamos ahora la historia interna del Monasterio de las Palmas en el siglo XIX.

Como es sabido, desde 1833 hasta 1868 los Carmelitas Descalzos no tuvieron vida legal en la Península, exceptuando el Desierto. Pero Dios, cuya Providencia vela sin cesar por sus fieles servidores, les había preparado el medio de renacer y propagarse en Francia durante esta época, gracias a que algunos Padres españoles se habían refugiado en dicha nación.

Nuestro célebre Padre Domingo de San José, exconventual de Calahorra, estableció los Carmelitas en Brousey (Gironde), el año 1840, a ruegos de la R. M. Batilde, Priora de las Carmelitas de Burdeos, y bajo la alta protección del Cardenal Donnet, Primado de Aquitania (1).

(1) Es muy interesante la historia de la restauración de los Carmelitas en Francia. Por la misma razón que el autor la apunta, voy a esbozarla en pocas líneas. El P. Domingo de San José partió de España para dirigirse a Méjico. A su paso por Burdeos, la M. Batilde, de la ilustre casa de los marqueses de San Exuperio, le ofreció una modesta casa para que con otros Religiosos españoles estableciera en ella un Convento. Un venerable sacerdote, el abate Guesnau, ofreció la posesión de *Brousey*, en el municipio de Rions, cerca de Cadillac, al Cardenal Donnet, el cual propuso la aceptación al P. Domingo, para que estableciera allí un noviciado de su Orden.

Antes del destronamiento de la Reina Isabel II, un Padre Carmelita español, Prior del Convento de Agen, el R. P. Manuel de Santa Teresa, vino a España por asuntos de familia, en marzo de 1867. Estando en Lazcano tuvo la idea de restaurar el Convento de su Orden, en el cual había morado antes de la exclaustración. Algunos amigos influyentes le ofrecieron su protección con este fin. Feliz con esta perspectiva, fué a Madrid y se entrevistó con el último General de la Congregación de España, R. P. Tomás de Aquino Maldonado. Inmediatamente solicitó y obtuvo de la Reina que le concediera audiencia, con el fin de pedirle permiso para restablecer en España la reforma de Santa Teresa. La piadosa Reina escuchó favorablemente la súplica del Padre, y le prometió complacerle. El Conde de Villafranca, muy amigo de los Carmelitas, y entonces Senador influyente, apoyó la petición, y un Real Decreto, de 7 de mayo de 1868, autorizó a los Carmelitas Descalzos para fundar un Convento en España.

El 14 de agosto, N. M. R. P. General, Padre Domingo de San José, tomó posesión del Convento de Marquina, en Vizcaya. Poco después, el R. P. Pedro

Broussey se inauguró el Jueves Santo de 1841. Sucesivamente los Carmelitas fundaron los Conventos de Agen, Carcassonne, Bordeaux, Bagnères de Bigorre, Tarasteix (el Desierto), Pamiers y Toulouse, que constituían la provincia de Aquitania, y de los que posteriormente nació el restablecimiento de las provincias de Aviñón, Inglaterra, Irlanda y España. El último Convento de España en que había morado el P. Domingo de San José era Calahorra. Los Carmelitas de la provincia de Aquitania, al ser expulsados de Francia en 1880, se refugiaron en los Conventos de la provincia de Navarra. El día 15 de octubre de 1885, inauguraron de nuevo el Convento de Calahorra, que habitan actualmente. El P. Domingo de San José murió en Roma, siendo General de la Orden, en 1870, durante el Concilio Vaticano, en cuyos trabajos tomó gran parte. (N. del T.).

José, ex-Prior de Burdeos y primer Prior de Marquina, apoyado por protectores influyentes de Madrid, restableció, después de la marcha de Isabel II, nuestro antiguo Convento de Larrea. Esta fué nuestra segunda fundación en España.

El mismo Padre fué a las Palmas, en 1876, para notificar a los moradores de este Convento el Breve de Pío IX, de 12 de febrero de 1875, en virtud del cual se formaba una sola de las dos Congregaciones de España e Italia.

Los venerables Religiosos que moraban en el Desierto, vieron con satisfacción el renacimiento oficial de su idolatrada Orden en la patria de sus Santos reformadores, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, y prestaron obediencia al R. P. Pedro José, que fué entonces Provincial de los Carmelitas en España. En la época de que hablamos, el Desierto fué destinado a servir de Noviciado. Conserva aún este destino, no ya para todos los novicios indistintamente, sino sólo para los de la provincia de Valencia-Aragón.

El Convento de las Palmas es frecuentado, a pesar de su aislamiento, y quizás a causa de ello, por algunos eclesiásticos y seglares piadosos, que van a hacer en él ejercicios espirituales. En ciertas épocas del año, principalmente en Cuaresma y durante el tiempo Pascual, acuden muchos penitentes, a veces desde puntos lejanos.

En septiembre de 1886 murió en este Convento, en el que se había retirado desde hacía algún tiempo, el Obispo de Daulia D. José María Benito Serra. Este Prelado, de la Orden de los Benedictinos, nacido en Mataró (Cataluña), había sido Misionero en Australia. Fué fundador de la importante Misión

Nueva-Nursia, en la Diócesis de Perth. En 1848 fué preconizado primer Obispo de Puerto Victoria, y más tarde nombrado Auxiliar del Obispo de Perth. Entonces fundó otra Misión Benedictina, *Nuevo-Subiaco*. Poco tiempo después volvió a España. Durante algunos años desplegó gran celo en Madrid, dando conferencias y fundando una Congregación para recoger jóvenes arrependidas, cuyo Centro está en Ciempozuelos, cerca de Madrid. Cuando abrumado por tanto trabajo pensó retirarse definitivamente, para preparar su muerte, fué a vivir al Monasterio de las Palmas. Una lápida de mármol, colocada en la iglesia, evoca el recuerdo de tan celoso Prelado.

Un Monje Cartujo, que había tenido la desgracia de apostatar de su Regla, y que, seducido por el falso brillo de las teorías socialistas y anarquistas, había colaborado en un periódico de la secta, habiéndose convertido al poco tiempo, y pedido a la Santa Sede la absolución de sus faltas, fué enviado al Desierto para cumplir la penitencia que se le impuso. Vivió algún tiempo retirado en una de nuestras ermitas (la de Montserrat). Se hizo poner y remachar una cadena alrededor del cuello, que arrastraba fatigosamente. Dormía, completamente vestido, en un ataúd que le hacía las veces de cama. (1) No hablaba con nadie, a excepción de su confesor y del Prior. Todas

(1) Recientemente se hizo de la ermita de Montserrat habitación para una familia de trabajadores del Desierto. Hasta entonces se conservó en ella la caja en que dormía, durante su vida en las Palmas, el citado penitente. En la cabecera del ataúd había una gran cruz de madera, y, a los pies de ésta, una calavera humana, en cuya frente se leía esta inscripción: *Como tú te ves yo me ví, y algún día te verás como me ves aquí. Te suplico me encomiendes a Dios.* Todo esto, unido a la poca luz que había en la estancia, le daba un aspecto tétrico, que infundía pavor en el ánimo del visitante. (N. del T.)

las mañanas acudía a la iglesia para oír Misa, y a medio día se presentaba en la portería del Monasterio, esperando, arrodillado y con la vista baja, que tuvieran a bien darle una escudilla de alimentos de vigilia, que le bastaban para todo el día. Murió piadosamente en 1895, plenamente rehabilitado.

En 1892, con motivo de las fiestas del tercer Centenario de la muerte de nuestro Padre San Juan de la Cruz, hubo en el Desierto una imponente peregrinación de 35.000 personas, presidida por el Obispo de Tortosa D. Francisco Aznar y Pueyo. Concurrieron a ella 72 estandartes parroquiales, 15 bandas de música y más de 200 sacerdotes. El Arcipreste de Castellón regaló a la Comunidad un rico estandarte, en recuerdo de tan imponente manifestación católica.

En 1900, los fieles de las ciudades y pueblos de la Plana y del Maestrazgo (región situada al Norte del Desierto) cubrieron una suscripción para levantar en la cumbre del monte San Miguel una colosal Cruz de hierro de 16 metros de altura, en memoria del Jubileo concedido por León XIII, con motivo del comienzo del siglo XX. La inmensa Cruz domina toda la comarca. El día de su inauguración hubo también una entusiasta explosión de fe y de piedad popular en el Desierto de las Palmas.

El pasado año 1913, en celebración de las fiestas Constantinianas, concurrieron al Desierto 12.000 católicos, para proclamar públicamente, a la sombra de la Cruz, su sumisión y fidelidad a la Iglesia. En diversos puntos del Desierto se habían levantado altares al aire libre, y en ellos se celebraron Misas de campaña.

Para que nada falte a la celebridad del Desierto, ha recibido recientemente (en noviembre de 1913)

una visita *of new fashion*. Un *sportman* inglés y *son femme*, desafiando las asperezas de los malos caminos, cortando, a su paso, ramas de árboles y maleza, y rompiendo las rocas a martillazos, subieron hasta el Convento *en automóvil*... (1) *Very nice indeed! Beautyfull! A bientôt les aéroplanes*...

(1) De un artículo publicado en la *Revista de Castellón* (núm. 42), escrito por la Sra. de Ecroyd, Doña María Pérez Rodríguez, copio los siguientes párrafos:

«Eran los expedicionarios el Sr. Ecroyd y su esposa, D. Víctor Rosich..., D. José María Pastor... y el mecánico D. José Marzá»...

.....

«El que ha formado parte de esta excursión, encuentra más fácil atravesar el torrente, subir aquellas escarpadas montañas, con precipicios inmensos, presenciar aquellas vueltas y revueltas del auto, ejecutadas con mano maestra, y hasta dar golpes con el martillo en las duras rocas que impedían el paso, que describir con propiedad, y tal y como la ha sentido, tan bellísima excursión. No hay palabras para describirla, pues es seguro que el poeta más enamorado de la Naturaleza no soñó jamás una excursión semejante. Dejo a la imaginación de los que hayan contemplado las maravillosas vistas que la ascensión al Desierto ofrece, y para ello hayan tenido que sufrir las molestias de subir, ya a pie, en caballerías, o, lo que es peor aún, en carros, el calcular lo que será su ascensión en automóvil...»

.....

...«Maravillosa parecía la bajada de aquellas pendientes en zigzag. Gracias a la potente luz eléctrica, que el mismo motor fabricaba, podíamos distinguir no sólo el camino, sino el monte alrededor, con sus pinos, rocas y precipicios que se sucedían unos a otros, como por arte de magia, mostrando a cada momento más hermosos parajes...»

Hasta la fecha nadie se ha atrevido a repetir la proeza. (N. del T.)

CAPÍTULO VII

Visita del Monasterio

Podemos ahora visitar el Convento, cuya construcción dirigió un arquitecto Carmelita, el Hermano Joaquín, y que carece de bellezas artísticas, pero que es en cambio vasto y acondicionado para la observancia regular. Tiene un aspecto sencillo y modesto, que sienta muy bien a la Orden Reformada por la humilde Virgen de Avila y el místico Doctor de Fontiveros.

Forma un gran cuadrilátero, cuyo centro ocupa la iglesia.

En la planta baja se extiende por sus cuatro lados un largo corredor o claustro. Abren a este corredor, por tres de sus lados, las puertas de la biblioteca, del refectorio, de la cocina, de la sala de recreo, de la cisterna, de la rasura, de las despensas, del refectorio de los ejercitandos y de los locutorios, y por el lado restante, las de la Hospedería destinada a los visitantes.

De las paredes del claustro penden algunos cuadros antiguos, de valor mediocre. No hay más que un San Elías, un San Gerónimo, una Cena y una Resurrección de Jesucristo que tengan algún mérito.

La iglesia ocupa el centro del Convento, cumpliéndose fielmente esta disposición de la Regla: «El

oratorio deberá construirse en medio de las celdas». Tiene la forma de una Cruz de cortos brazos, y sobre su centro se eleva la cúpula. En su parte exterior forma con el rectángulo del claustro cuatro patios descubiertos, que sirven para dar aire y luz al Convento.

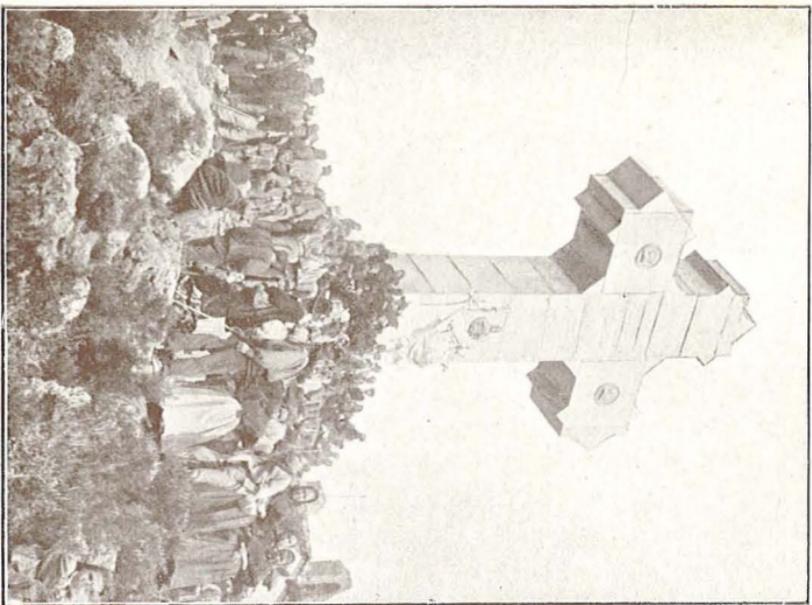
El altar mayor es sencillo y pobre. En el centro del retablo, de estilo jónico, hay un nicho, en el que aparece un grupo escultórico representando a Nuestra Madre Santa Teresa en el momento de su transverberación. Un angelito, que se desliza en el aire, acaba de herirla con un dardo mientras que dos ángeles la sostienen en sus brazos. La Seráfica Doctora está desvanecida. El misterio de la Transverberación es titular del Monasterio, y por ello ocupa lugar tan preeminente.

Sobre el tabernáculo hay una alegoría de la Fe, y a los lados están representados Aarón y Melquisedech, que prefiguraban el Sacerdocio eterno de Nuestro Señor Jesucristo. Todas estas estatuas son de talla, y están pintadas y doradas. La puerta del tabernáculo la forma una tabla con una copia al óleo de *El Cristo de la Hostia*, de Juan de Juanes.

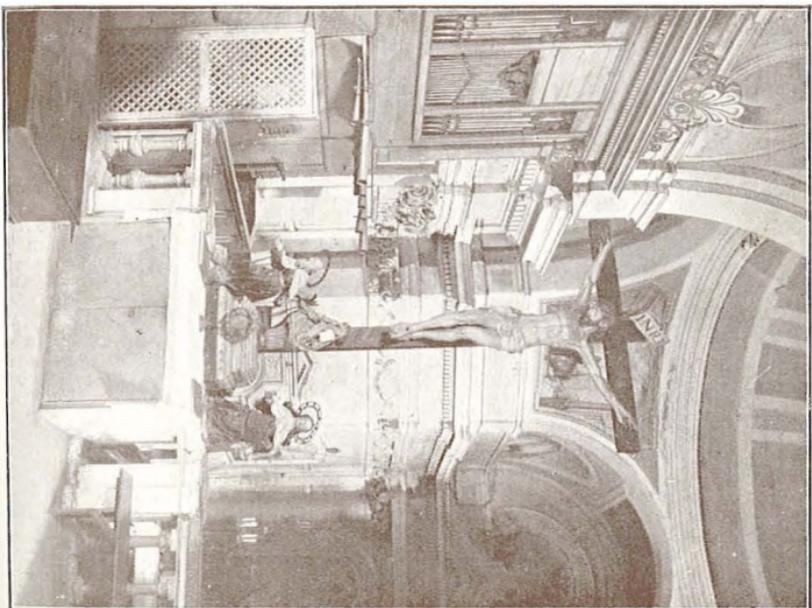
Además del altar mayor hay en la iglesia otros cuatro, adosados a los soportes de la cúpula, cuyos retablos los forman sendos nichos, en los que están colocadas las imágenes de sus titulares: Nuestra Señora del Carmen, San José, Nuestro Padre San Elías y Nuestro Padre San Juan de la Cruz.

El pie de la nave, separado del resto por una verja de hierro, está reservado a las mujeres, que quedan así fuera de la clausura (1). Encima está el

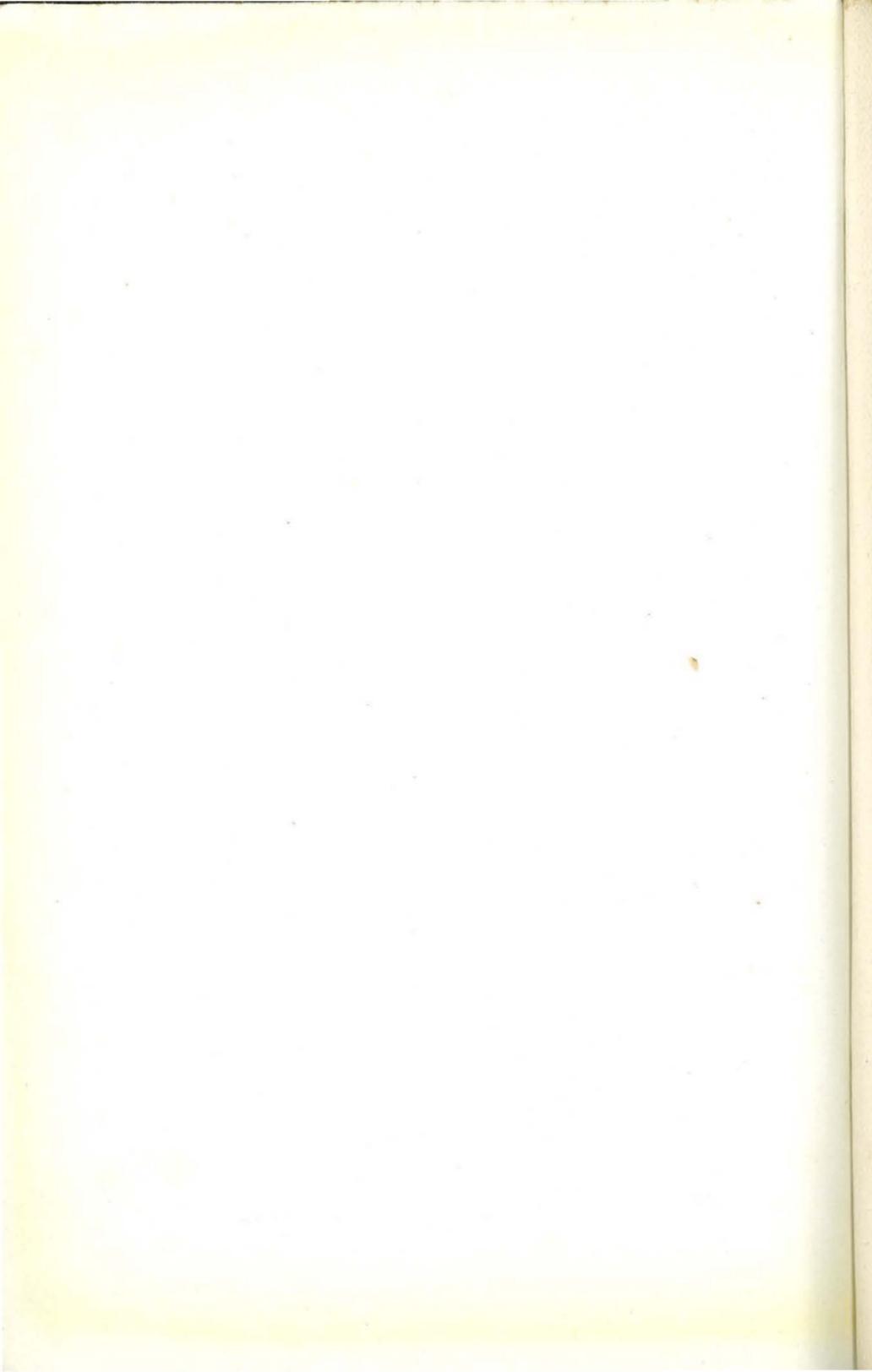
(1) Al ser convertido el Desierto en Noviciado, las mujeres podían entrar en la finca, pero no en el Monasterio, y como la iglesia



La Cruz monumental



Vista parcial del Coro e Iglesia



coro de la Comunidad, en el centro de cuya balaustrada se eleva un gran Crucifijo, de hermoso efecto. Al pie de la Cruz aparece una Dolorosa, que regaló Doña Mariana Tárrega, Marquesa de Benemegis, en 1774.

Adornan las paredes del coro algunos cuadros pequeños, representando escenas de la vida de Nuestra Madre Santa Teresa y de Nuestro Padre San Juan de la Cruz, que inspiran devoción.

La Sacristía no tiene nada notable. Está al extremo del brazo derecho del crucero. Frente a ella, al otro lado de la iglesia, se encuentra el *Panteón*. Se ha dado este nombre al lugar en que se entierra a los Monjes. Siguiendo la moda italiana, que trae su origen de las Catacumbas, las sepulturas están abiertas en el muro y superpuestas.

Algunos años después de la defunción se abren las casetas, y los restos se depositan en una fosa común. En un armario encristalado se ve el cuerpo, muy bien conservado, de un Carmelita, el Padre Mariano de San Marcos, muerto en 24 de abril de 1882.

se encuentra en su centro, no podían pasar a ella. En 1906 se hicieron las obras necesarias para abrir el paso. Antes de dicha reforma, la Misa los domingos y días festivos, y las profesiones religiosas, a las que tuvieran que asistir mujeres, se celebraban en un oratorio que hay en la portería, frente al locutorio. El retablo del altar y los lienzos que en él hay, son los que estaban en la ermita de la Sagrada Familia, que fué destruída por los temporales de 1785. En dicho oratorio se celebró el Santo Sacrificio durante la construcción de la iglesia del Convento actual, la cual se inauguró el día 27 de agosto de 1796, poco después que la iglesia parroquial de Benicasim.

Los domingos y días de precepto se celebra la Santa Misa: en el oratorio de Nuestra Señora de *Font-Tallá*, finca de los señores de Peris, de Burriana, durante todo el año, y en el de la *Masia de Chiva*, posesión del Magistrado del Supremo D. Miguel María Rives, en el de San Juan de la Cruz y en el de la *Masia del Salandó*, durante la temporada veraniega. (N. del T.)

Subamos ahora al primer piso, que es el de las celdas.

Hay en él otro corredor igual al que hemos recorrido en la planta baja, decoradas sus paredes con algunos grabados antiguos, entre los cuales sobresalen: Un cuadro sinóptico de las glorias de la Orden Carmelitana, grabado por Orlandi, con privilegio de Fernando II, Emperador de los romanos, y de Felipe IV, Rey de España; un juicio final dibujado por Jean Cousin, y dedicado a los Reyes de Francia Luis XIII y Enrique IV, por Guillelmus Wittemberoot, belga; una alegoría del triunfo de Santa Teresa, compuesta por Jacobus Gassarellus, y dibujada por Michael Asinius, dedicada al Cardenal Armando de Richelieu.

Las celdas que rodean todo el Convento, y cuyas puertas abren a un segundo corredor más estrecho, están ocupadas: las de Mediodía por los Padres, las de Poniente por los Hermanos, las del Norte por la Hospedería y las de Levante por el Noviciado. Los Novicios disponen también de un segundo piso, a la parte de Mediodía, con vistas al mar. El Noviciado forma una pequeña Comunidad dentro de la grande. Su dirección corre a cargo de un Padre Maestro, que forma los Novicios para la vida espiritual por medio de una enseñanza especial y de prácticas particulares. Los Novicios se unen a la Comunidad para los actos regulares, pero terminados éstos se separan de aquélla, y no tienen la más mínima comunicación con los Padres y Hermanos conventuales.

Demos, al pasar, una mirada a la Sala Capitular y al oratorio, que son de una sencillez archimonacal.

En el oratorio hay un armario para conservar

las reliquias, de las que existen un buen número. La más notable, a mi parecer, es un autógrafo de Nuestro Padre San Juan de la Cruz. Es un Acta Capitular, de fecha 13 de marzo de 1581, en la cual el Comisario Apostólico P. Juan de las Cuevas, O. P., el Provincial P. Gerónimo Gracián de la Madre de Dios, los Definidores RR. PP. Antonio de Jesús, Nicolás de Jesús María, Juan de la Cruz y Gabriel de la Asunción, catorce capitulares más y el Secretario P. Ambrosio Mariano, aceptan y ratifican las primeras Leyes y Constituciones de la Reforma Carmelitana. Dicho documento es precioso desde el punto de vista histórico, y constituye una reliquia de inapreciable valor a causa de la firma de N. S. P. Fray Juan de la +.

En el antecoro está instalado un reloj antiquísimo, para señalar los actos de la Observancia, desde el mes de julio de 1727. Tan venerable Feraille da las horas, las medias, los cuartos y los medios cuartos, y hace sonar cuatro campanas; una en el campanario, otra en el coro y dos más en el corredor. Fué *hecho prisionero* por los franceses en 1811 y devuelto más tarde a la Comunidad. Lo fabricaron en Teruel el maestro Clemente Ardia y sus dos hermanos. Tributemos honor a tan viejo como fiel servidor.

Desde las ventanas del Convento se goza una vista hermosísima sobre el Mediterráneo, de cuyo seno, hacia el Sureste, emergen las Islas Columbretes.

Por la parte Norte se divisa la cumbre del monte San Miguel que rebasa en 300 metros el nivel del Monasterio. La ermita edificada sobre su cima fué consagrada al Jefe de la Milicia Celestial, para que pro-

tegió el Desierto contra la furia de los elementos, y especialmente contra la voracidad de los incendios, accidentales o criminales, que muchas veces habían destruido pinares y cosechas. Débese su fundación al R. P. Vicente de la Concepción, célebre Religioso que fué dos veces Provincial y luego Procurador General en Roma, donde llegó a ser muy estimado de Benedicto XIV. Murió en Valencia, el 12 de agosto de 1756, a los 65 años de edad.

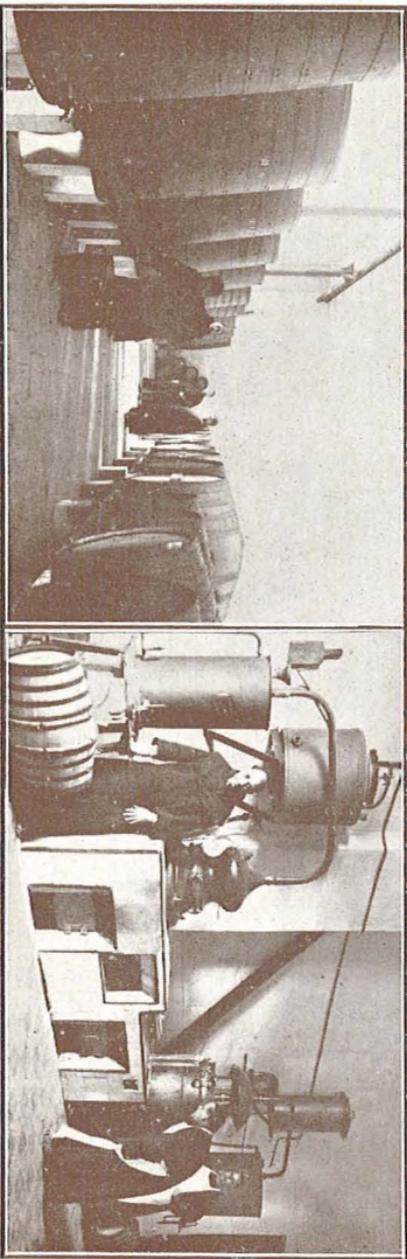
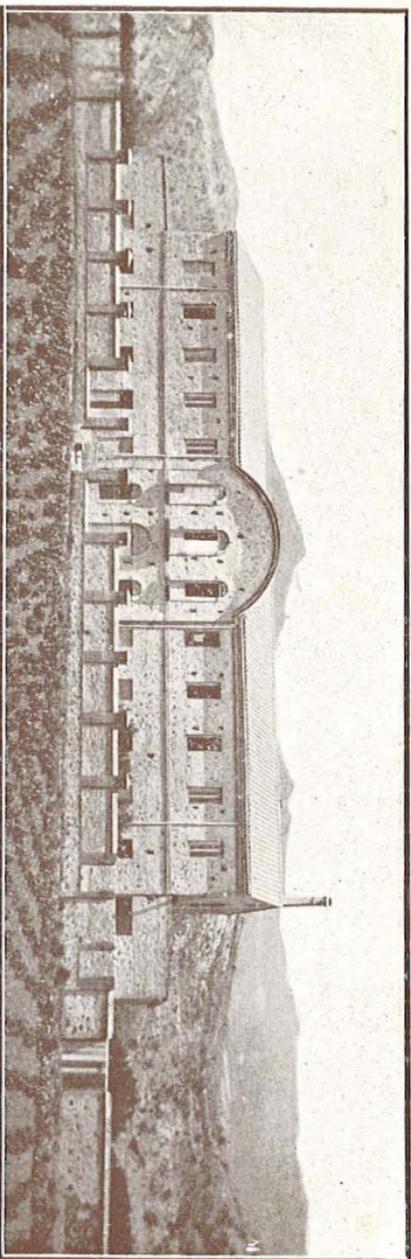
Sin detenernos en otras dependencias, como la sastrería, la zapatería y el botiquín, bajemos a los sótanos. En ellos están las habitaciones de los criados, las bodegas en que se guardan el vino, el aceite, los cereales, las frutas, etc., etc. En ellos están también la panadería y horno y las cuadras.

Las dependencias del Convento son: el gallinero, los trullos, el molino de aceite, la herrería, la carpintería, el pajar y la ex-fábrica de licor.

Como en estas montañas las plantas aromáticas crecen en abundancia, nuestros Padres no han desdenado fabricar un licor llamado Carmelitano (muy semejante al Chartreuse) (1). Desde hace veinte años

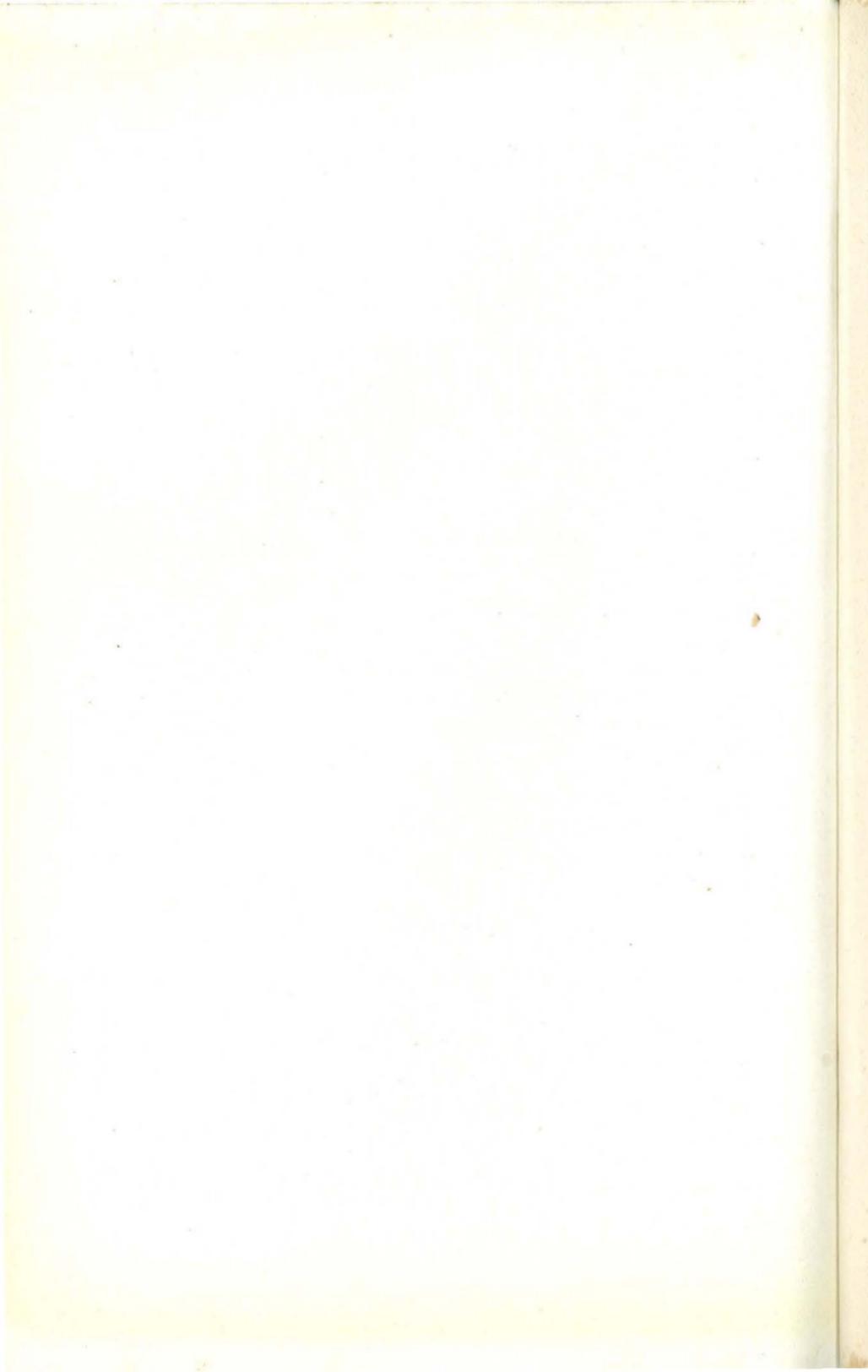
(1) La Orden de los Carmelitas Descalzos, tiene, como una de las manifestaciones de su vida activa, el apostolado en las Misiones; habiendo llevado la luz del Evangelio a las más apartadas regiones. La India y la Asyria, la América del Norte y la América latina, Cuba, etc., etc., son testigos de millares y millares de conversiones debidas al celo desplegado por los hijos de Santa Teresa, y los Seminarios, los Colegios de segunda enseñanza para uno y otro sexo, las escuelas elementales y otras instituciones de cultura y beneficencia, son brillante prueba de la actividad de los Misioneros.

Para arbitrar recursos con que atender a tan nobles fines, los Carmelitas del Desierto, aprovechando los excepcionales medios que la Divina Providencia ponía en sus manos, decidieron elaborar el *Licor Carmelitano*, utilizando una fórmula que desde muy antiguo poseían. Los ensayos dieron el mejor resultado apetecible, por lo que decidieron la venta al público, que empezó el día 15 de octubre



FÁBRICA DE "LICOR CARMELITANO" EN BENICÀSSIM

(Orígenes del traductor)



dicho licor ha adquirido gran celebridad, sobre todo en España. Al principio la fábrica se instaló en los sótanos del Convento, pero más tarde se construyó un edificio *ad hoc* en el recinto del jardín. Dicho edificio fué a su vez insuficiente, y se ha abandonado por encontrar más cómodo y más económico instalar la fabricación en Benicasim, cerca de la estación. En consecuencia, se levantó hace dos años una fábrica en regla, en la que habitan los religiosos encargados de explotar tal industria, que proporciona al Convento algunos recursos.

de 1896. En la actualidad, además del Licor Carmelitano, fabrican los Carmelitas, el Cognac Carmelitano, la Crema de Café y el Anís Carmelitano, todos los cuales tienen un éxito cada día más lisonjero. El Cognac, especialmente, ha conquistado el mercado con una rapidez asombrosa.

La fábrica actual es elegante, pero sencilla. Todas sus dependencias son grandes y desahogadas, como exige la enorme cantidad de licores que produce diariamente. La sala de filtros la conoce solamente el Hermano encargado de ella. Las bodegas, la sala de embotellado, la carpintería, la tonelería, etc., etc., corren a cargo de Hermanos especialistas.

Una parte de los beneficios es para las atenciones generales de la Provincia Carmelitana y del Convento, pero el resto es para contribuir al creciente desarrollo de las Misiones. (N. del T.).

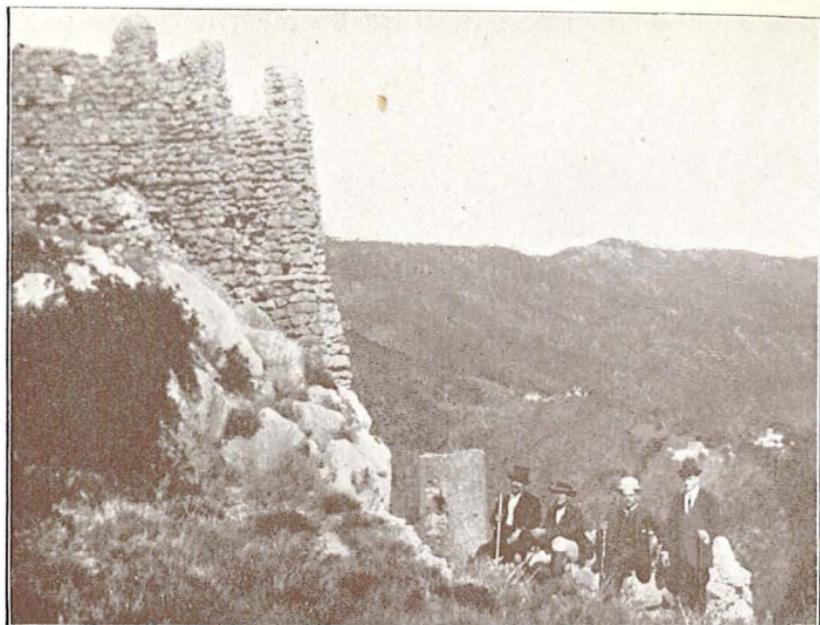
CAPÍTULO VIII

Paseos por el Desierto

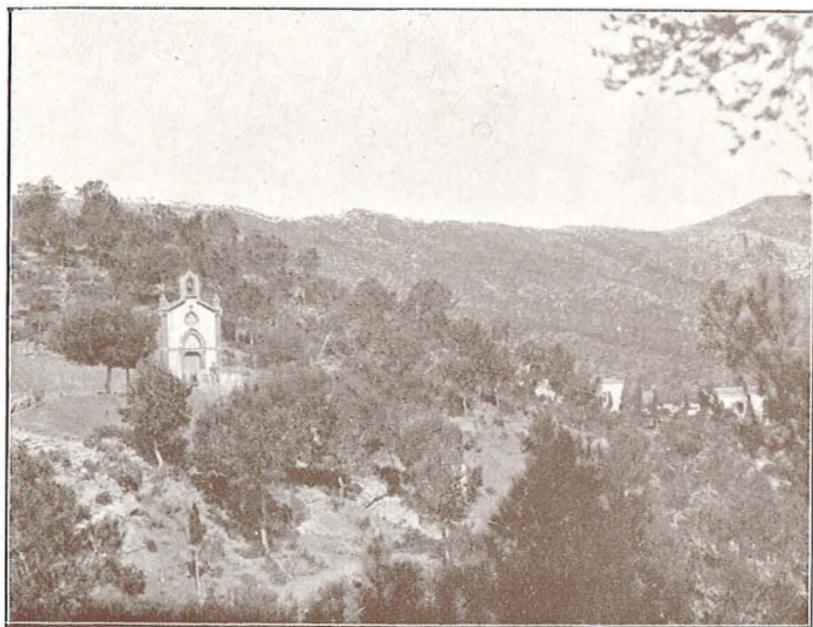
Saliendo del Convento por la Portería se entra en una avenida de cipreses. Al principio se ven a uno y otro lado pequeños nichos, que contienen azulejos representando los dolores y gozos de San José. Al poco trecho, la avenida tuerce a la izquierda, y allí están colocadas las 14 estaciones del Vía-Crucis, al fin del cual hay, en una capilla, un hermoso Cristo Crucificado. La imagen, en azulejos, es notable por la perfecta ejecución, y sumamente artística. Al pie de la Cruz está arrodillado un Carmelita, y alrededor de aquélla aparecen grupos de Patriarcas, Profetas, Mártires, Doctores, Confesores, Vírgenes y Santas Mujeres, que forman como un nimbo de adoradores del Arbol de Redención.

Un poco más lejos, dos columnas soportan las imágenes de San Daniel, ermitaño, y de San Simón Estilifa. Junto a ellas está la gruta de Santa Eufrosina.

Tomemos el camino que sube a nuestro frente. Encontraremos á los pocos pasos un pilar, y en su hornacina un azulejo, protegido con una rejilla, representando las almas del Purgatorio. De estos pilares hay varios en el Desierto. Es un piadoso re-



Ruinas del Castillo de Montornés (Cliché J. M. Canelles)



Capilla de San Juan de la Cruz (Cliché P. Simóón)



curso para recordarnos la oración en favor de los fieles difuntos.

El camino sigue subiendo. He aquí la gruta de San Franco, patrón de los Hermanos de nuestra Orden. Subamos un poco más y llegaremos a la Portería vieja, hoy en ruinas, que era antiguamente, cuando había clausura en toda la propiedad, la entrada principal del Desierto. A los lados del pórtico hay dos capillas. Una está dedicada a Nuestra Señora del Carmen. Fué fundada en 1710 por D. Bartolomé Selma, doctor en Medicina, de Valencia; posteriormente fué reparada, y se conserva en buen estado. La otra se encuentra casi arruinada. Está dedicada a San Juan Bautista. Fué fundada y dotada en 1733, por D. Juan Bautista de Iturralde y su esposa Doña Manuela Muñariz, matrimonio madrileño.

La antigua Portería goza de una vista magnífica sobre la Plana, desde junto a Castellón hasta Valencia. Si después de haber contemplado tan hermoso panorama nos dirigimos hacia *Monte Sión*, descendiendo a través del bosque, llegaremos a la capilla de San Juan de la Cruz, moderna construcción, muy elegante, debida a la generosidad de D. Joaquín Felfu, propietario de Burriana.

Muy cerca de la capilla, pero al otro lado de la línea límite de nuestra propiedad, se había edificado antes dicho señor una hermosa Villa, en la que pasa con su familia algunas temporadas.

Más lejos, hacia el mar, sobre un pico escarpado, se elevan imponentes y majestuosas las ruinas del Castillo feudal de Montornés o Montornesio. Este Castillo ha desempeñado un importante papel en la historia de las guerras de la Edad Media. Alternativamente poseído por los cristianos y los sarrace-

cenos, fué conquistado por el Cid Campeador. Aún cayó nuevamente en poder de los moros. En 1233 fué sitiado y tomado por Don Jaime I de Aragón, que hizo donación de él a su Secretario Don Pedro Sanz de Martel, en premio de sus fieles servicios (1). Posteriormente dicho Castillo ha pertenecido a diversos dueños. En la actualidad sus ruinas yacen en el abandono. Pero la vista del viejo nido de águilas evoca nobles recuerdos caballerescos de antaño.

Regresemos. Es ya bastante para un paseo. El camino que del Portalet nos conduce al Convento está cortado en el flanco de la montaña, y descende

(1) Para premiar el Rey D. Jaime I los muchos servicios de Pedro Sanz de Martel, le hizo merced, a él y a los suyos, *in perpetuum*, en 29 de noviembre de 1242, del Castillo de Montornesio y de los señoríos de las Baronías de Benicasim, Puebla Tornesa, Sierra Engarcerán y Vistabella con todas las tierras y vasallos de dichos términos; donación que fué confirmada por el Rey Don Alfonso en 1416.

Los caballeros del apellido Sanz traen su origen de Alemania, y habiendo servido los primeros que vinieron a España en la reconquista de ella, quedaron con grandes heredamientos en los Reinos de Navarra y Aragón. Dos de dichos caballeros sirvieron en la toma de Zaragoza en 1115. Lope Sanz fué el 4.º Justicia de Aragón en 1129, y Oto Sanz el 7.º en 1148. Algunos Sanz salieron a servir al Rey Don Jaime en las conquistas de Mallorca y Valencia, mayormente dos hermanos llamados Jaime y Pedro Sanz. El Jaime quedó nombrado bailío de Mallorca, y el Pedro acompañó al Rey en sus conquistas, interviniendo como su embajador en 1231 cerca del Rey moro Zaen, para tratar de la rendición de Valencia; colaboró en la redacción de los fueros levantinos, y después de la conquista de Játiva fué uno de los repartidores de la tierra.

«Amó el Rey desde su tierna edad al Pedro Sanz y fué tanta la confianza que en todos tiempos hizo dél, que aquella vez que se retiró a Zaragoza, con recelo de lo que trataban contra su persona Don Fernando su tío y algunos Señores del Reino, encomendó la guarda della y de su casa a Don Pedro Sanz nombrándole por su Capitán.» (Gaspar Escolano. HISTORIA DE VALENCIA, cap. XV del Libro Nono). (N. del T.).

en dulce pendiente hasta el Monasterio. A mano derecha domina casi toda la propiedad del Desierto.

Salgamos ahora por la puerta de mediodía del jardín, que mira al mar, y daremos un segundo paseo.

Tomando la izquierda sigamos camino adelante. Al poco trecho habremos llegado a la ermita de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona del Reino de Valencia.

Dicha ermita fué fundada por el P. Francisco de San José, hijo de Onda. Posteriormente la tomó bajo su patronato el duque de Berwik y de Liria. En la actualidad sirve para dar albergue a las mujeres, fuera de clausura.

Un poco más abajo, en un agradable paseo plantado de cipreses, se ve la gruta de San Alberto de Sicilia, Confesor, de nuestra Orden. No lejos de ella encontraremos, si vamos hacia el Norte, la de santa Eufrasia.

Si queremos ahora visitar las ruinas del Convento viejo, que divisamos a vista de pájaro en un pequeño llano entre barrancos, hemos de bajar por un sendero pedregoso, y pasar por delante de las Cavernas de Santa María Egipciaca y de Santa María Magdalena, dejando entre las dos, a la izquierda del camino, la fuente del Cristo, que surge de la roca en una gruta natural, completamente tapizada de musgo, de hiedra y de berro. Una canalita conduce el agua de esta fuente al antiguo Monasterio.

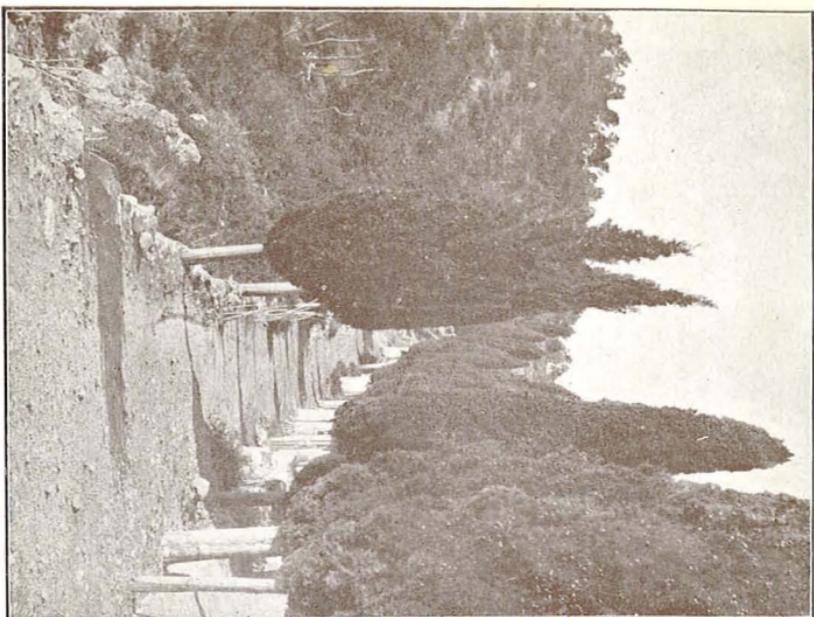
Hemos llegado. Ante la puerta, que conserva aún su arco de mampostería, se mantienen erguidas, como fieles centinelas, algunas viejas palmeras. Aquí ya toda descripción es inútil. Las descarnadas

paredes hablan por sus grietas. La Hospedería y lo que fué durante un corto período la habitación de un Obispo, están allí abiertas a todos los vientos, para decirnos de nuevo que el Prelado, los huéspedes ilustres y los religiosos, han muerto todos. La iglesia, sin bóvedas y con arbustos que crecen en su interior, nos enseña que, en la tierra, hasta los templos se derrumban. De la biblioteca, de las celdas, del refectorio, de la sala capitular y del panteón, no quedan más que montones de escombros esparcidos aquí y allá. ¿Qué es, pues, este mundo terrestre? Un valle de tumbas, una sucesión de ruinas, que anuncian el hundimiento final...

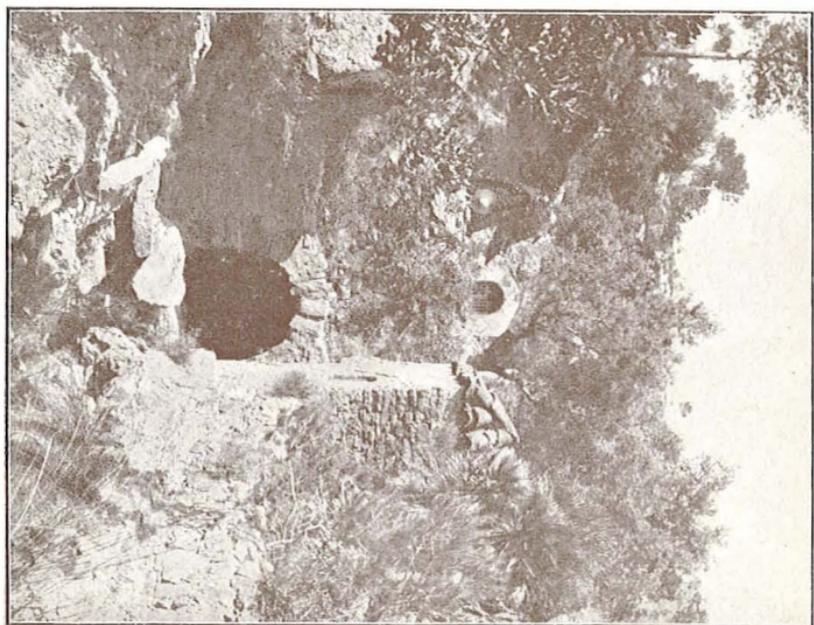
Se conserva aún un hermoso huerto. La vegetación, obra de Dios, no envejece. El huerto, cultivado admirablemente, está cerrado por doble fila de pilares que sostienen una espesa parra, formando un emparrado encantador, que recuerda los cenadores de los Conventos de la Italia meridional.

Para terminar esta excursión bajemos en línea recta al fondo de un barranco y probaremos el agua de la Fuente de la Teja, la más abundante de las que hay en el Desierto. Sus aguas vierten en una pila y convenientemente canalizadas sirven para regar la parte baja de la propiedad.

Para volver al Convento podemos tomar el sendero que se une al camino principal en el punto donde estaba antiguamente la ermita de N. P. San Elías, fundada por D. Nicolás Capero, hoy completamente arruinada. Desde allí llegamos al Monasterio por un camino que sube sesgueando a través de la pinada, por la falda de la colina en que está la ermita de Nuestra Señora de los Desamparados.



Avenida de cipreses



Fuente del Cristo

(Glicóns del traductor)

Necesitamos dar otro paseo para acabar de visitar el Desierto. Salgamos por la puerta de los criados, es decir, por la parte Norte, enfrente de la era y del pajar.

Al principio pasamos entre los olivos, que en este trozo son grandes y frondosos. De un poco más arriba y a la izquierda arranca la canalización del agua de la fuente del Pinar, que baja de la montaña al Convento, y sirve para las necesidades de la Comunidad.

Siguiendo camino adelante llegaremos bien pronto a la bifurcación que conduce a la cumbre del monte San Miguel, cuya subida es muy empinada. Pero sigamos hacia la ermita de San José, situada en un rincón delicioso, sumamente pintoresco. Hay en él una fuentecilla cuyas aguas vierten en varias pilas de piedra berroqueña, en las cuales abreven los rebaños.

La Capilla está arrebujada entre los pinos, los abetos, los eucaliptus y las adelfas. Su situación es poética y recogida en alto grado. Después de un corto descanso sigamos nuestra marcha. Al medio kilómetro encontraremos, sobre el cerro llamado *Tebaida*, la ermita de Montserrat, que fué fundada por el Excmo. Sr. D. Andrés de Montserrat, Gobernador de Castellón, Caballero de la Orden de Montesa, y después Regente del Consejo Supremo de Aragón.

Actualmente la habita una familia de trabajadores de la finca.

Cerca de ella veremos la gruta de San Euthimio, solitario de Palestina.

Si avanzamos unos doscientos metros más, llegaremos a la ermita de N. M. Santa Teresa de Jesús,

que es la mejor conservada de todas, y desde la que se goza del más hermoso panorama. Fué fundada por D. Antonio Mas, Caballero de la Orden de Santiago, hijo de Vinaroz. Posteriormente ha sido restaurada varias veces por distintos bienhechores (1).

Pasada la ermita de Santa Teresa, ya no encontramos más edificios, si se exceptúa el corral de cabras en terreno de *Miravete*.

Dejemos la ermita de Santa Teresa, tomemos el camino que se dirige a la huerta, la que distinguimos allá abajo, y veremos la gruta de San Charitón, y luego la de San Elías. La gruta de nuestro primer Padre debe sernos más estimada, porque señala el sitio donde se celebró la primera Misa, el día de la toma de posesión, hace 220 años justos (en 1914), como nos lo dan a entender los siguientes versos, escritos en un azulejo:

En la centuria pasada
De mil seiscientos noventa
Y cuatro, según la cuenta,
Fué esta gruta la morada
Que sirvió de Ara sagrada
Para tomar posesión,
Día de Purificación,
De este valle, edén hermoso
En que Elías hoy dichoso
Cuida de su perfección.

(1) En la última restauración se colocó en la fachada una hermosa imagen de la Santa, en azulejos, a cuyo pie se lee: «A devoción de Andrés M.^a Pastor, año 1890». Dicho señor y su hermano D. Fernando, ambos bienhechores insignes del Desierto, lo visitan todos los años el día de San Juan de la Cruz (24 de noviembre). El antepasado año 1913, fué el 50.^o de su visita no interrumpida, celebrándose con tal motivo solemne función religiosa y variados festejos. (N. del T.).

Nos encontramos, pues, en el lugar en que estuvo emplazado el pequeño Convento primitivo, del que se encuentran aún algunos vestigios junto a la vecina fuente de San Juan de la Cruz.

Demos ahora una mirada a la ermita del Nacimiento, que actualmente sirve de albergue a varios trabajadores del Desierto (1).

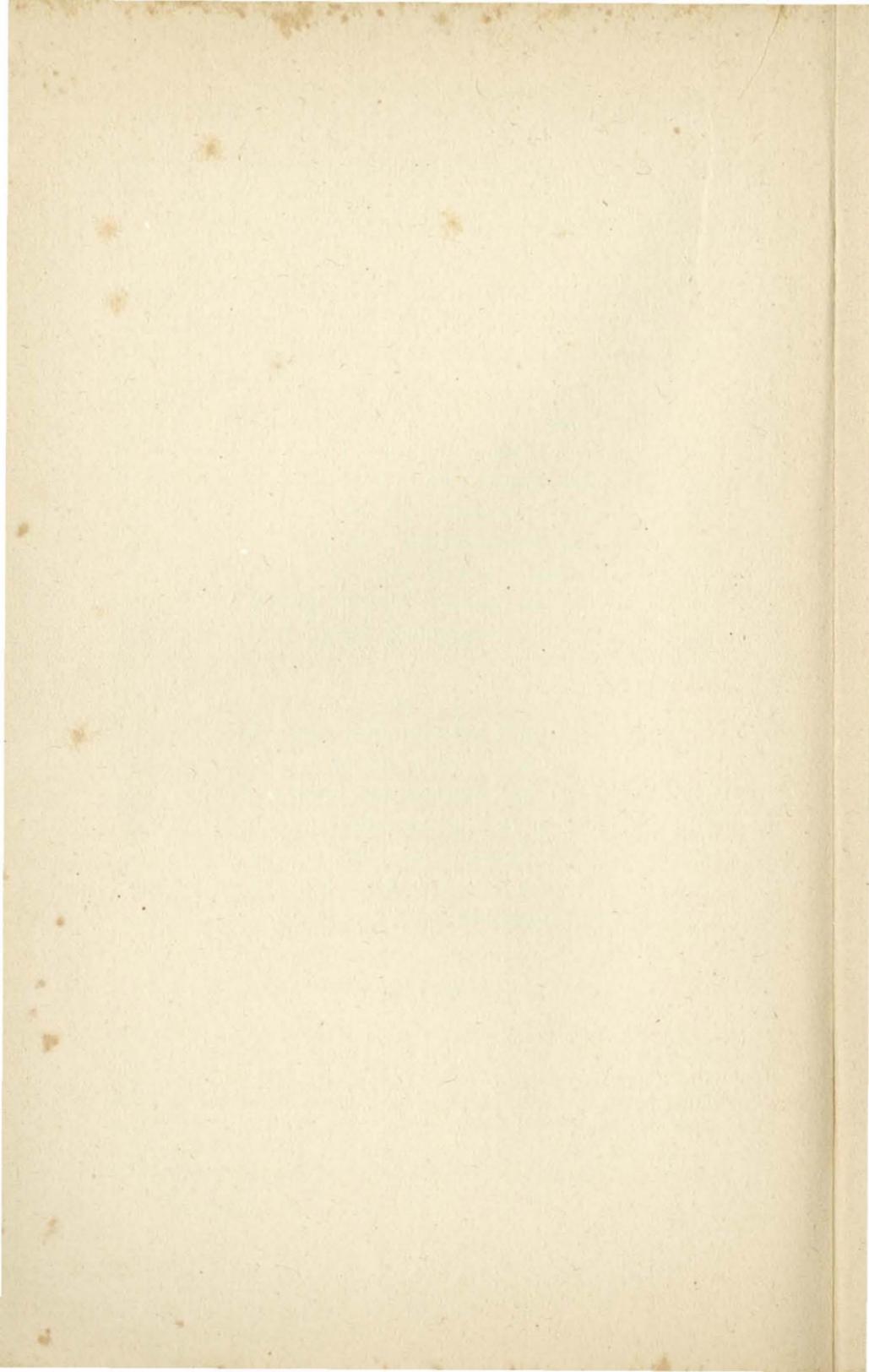
Para volver al Monasterio hemos de tomar un camino carretero, que sube hacia la fuente de San José, dejando a la izquierda las ruinas del Convento viejo y a la derecha las de la ermita de San Antonio y San Pablo, ermitaños, fundada en 1733 por el Reverendo Padre Antonio de la Asunción, que fué General de la Orden. Dos hermosos árboles de la familia de las coníferas se elevan junto a la vereda, indicando, tal vez, el lugar de algún jardín, que ha desaparecido.

* * *

Meditemos sobre los cambios materiales producidos por el tiempo en este Desierto. ¡Nada hay estable debajo del Sol! Pero si las piedras caen, el espíritu participa de la inmutabilidad de Dios. El que animaba a los antiguos solitarios, anima aún a sus actuales sucesores. Sirven al mismo Señor y esperan la misma recompensa en el Cielo...

FIN

(1) La construcción de dicha ermita se hizo a expensas de D. Bartolomé Selma, que entregó la correspondiente limosna el día 10 de agosto de 1790. (N. del T.).



APÉNDICE

—

En las paredes del Monasterio, ermitas, grutas y pilares del Desierto de las Palmas, hay sinnúmero de décimas, octavas, quintillas, cuartetos, máximas e inscripciones, de asunto místico o devoto, aunque de escaso mérito literario en su mayoría. De entre ellas escojo las que van a continuación:

ATRIO DEL MONASTERIO

Amor, gustos y afición
de este mundo que imaginas,
¿qué son sino unas espinas
que punzan tu corazón?
Gasta con cuenta y razón
la salud que Dios te diere,
y en lo que más virtud fuere
emplea el tiempo oportuno,
pues sabes que cada uno
conforme vive, así muere.

PORTERÍA DEL MONASTERIO

Sufre, pues por ti sufrí,
y en cuanto adverso te viene,
piensa que así te conviene,
pues todo nace de mí.
Mi bondad te puso así,
tu ingratitud me enclavó;
nadie como yo sufrió,
y pues todo es por tu bien,
bebe una gota por quien
un cáliz por ti bebió.

ORATORIO DE LA PORTERÍA

Devoto.—Si el dragón, que ya venciste,
y cuya cerviz hollaste,
quiere levantar cabeza
y quiere, altivo, tragarme,
¿qué he de hacer, Señora mía,
para vencerle?.....

MARÍA...—

.....Nombrarme.

GRUTA DE SANTA EUFROSINA

Hiciste entre monjes vida,
 Eufrosina, muchos años,
 de hábito ajeno vestida,
 sin que fueras conocida
 de los tuyos ni de extraños.

GRUTA DE SANTA EUFRASIA

Eufrasia, de pocos años,
 que eran poco más de doce,
 por que el mundo no la goce
 huye del mundo los daños,
 y renuncia sus engaños
 y en el Carmelo se entró,
 donde tan pura vivió
 como la rosa entre espinas,
 porque hermosas clavelinas
 no es bien que se manchen, no.

GRUTA DE SANTA MARÍA EGIPCIACA

Aunque pecadora fuí,
 por ti, Jesús, otra soy,
 pues cuando yo me perdí,
 hacia mí me fuí de ti
 y ahora a ti de mí voy.

Tu cruz será mi consuelo,
 sin cruz no quiero vivir,
 que a mi penitencia anhelo:
 morir en cruz, es un cielo;
 vivir sin cruz, es morir.

GRUTA DE LA MAGDALENA

¡Cuántos de mis desvaríos,
 dice, estaban ya juzgados,
 y acaso estén condenados
 los muertos, amigos míos!.
 Llorad, llorad, ojos míos,
 de amor y de confusión,
 pues tales mis culpas son,
 que, por las mías, allá
 mi amigo al infierno va,
 y a mí me ofrecen perdón.

GRUTA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Cantaban los pajarillos
 en voces suaves y acordes,
 cual divinos jilguerillos,
 formando acentos concordés
 con sus traviosos piquillos.

GRUTA DEL BUEN LADRÓN

Cuando tu imagen adoro,
 lloro;
 cuando tu retrato miro,
 suspiro,
 y veros todo sangriento
 lamento;
 con notable sentimiento
 admirando estoy tu muerte,
 pues solamente de verte
 lloro, suspiro, lamento.

ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

Es la gloria que espera el varón justo
 un estado feliz, inalterable,
 en donde el alma, sin temor ni susto,
 se abraza en Dios con luz inseparable.
 En donde tiene siempre absorto el gusto
 el mar de sus delicias inefable,
 que aunque se sacia en bien tan infinito,
 el gran deleite incita el apetito.

GRUTA DE SAN EUTHIMIO

En esta Laura no dudo
 sois de monjes norma y senda,
 sois de vicios freno y rienda,
 sois de los flacos escudo.
 Sois lengua de un hombre mudo,
 sois del desierto ornamento,
 sois del demonio tormento,
 sois al enfermo salud;
 sois del inquieto quietud
 y del desmayado, aliento.

ERMITA DE SANTA TERESA

En una justa de amor
 entró Teresa por justa,
 que ser venturera gusta
 por ser Dios mantenedor.
 En su cartel el Señor
 la quiso dar a entender
 que, para llegar a ser
 justa en los ojos Dios,
 ha de ser, una de dos,
 o morir o padecer.

GRUTA DE SAN CHARITÓN

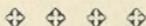
A los tiranos venciste,
 de los ladrones triunfaste,
 del martirio te eximiste,
 pero otro mayor sufriste
 en las Lauras que habitaste.

GRUTA DE SAN ELÍAS

Primera vez celebró
 en este santo lugar
 el ministro del altar
 cuando posesión tomó.
 Y en donde se consagró
 ese Pan subsinericio,
 por memoria al beneficio
 con que alimenta las almas,
 el Desierto de las Palmas
 le consagra este edificio.

PILAR DE LA FUENTE DE SAN JOSE

José, cuando la agonía
 de la muerte me llegare,
 tu patrocinio me ampare
 y el de tu esposa María.



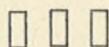
ÍNDICE

*

El R. P. Pedro de la Madre de Dios, ensayo biográfico.....	5
Dedicatoria.....	17

EL DESIERTO DE LAS PALMAS

CAPÍTULO I.—Situación y aspecto general . . .	19
CAPÍTULO II.—Historia de la fundación.....	26
CAPÍTULO III.—Vida de los Carmelitas en los Desiertos.....	33
CAPÍTULO IV.—Biografías breves de algunos Monjes.....	39
CAPÍTULO V.—El Desierto durante las guerras. —Otros hechos.....	46
CAPÍTULO VI.—El Desierto en nuestros días....	53
CAPÍTULO VII.—Visita del Monasterio.....	59
CAPÍTULO VIII.—Paseos por el Desierto.....	66
Apéndice.....	75



F0386

